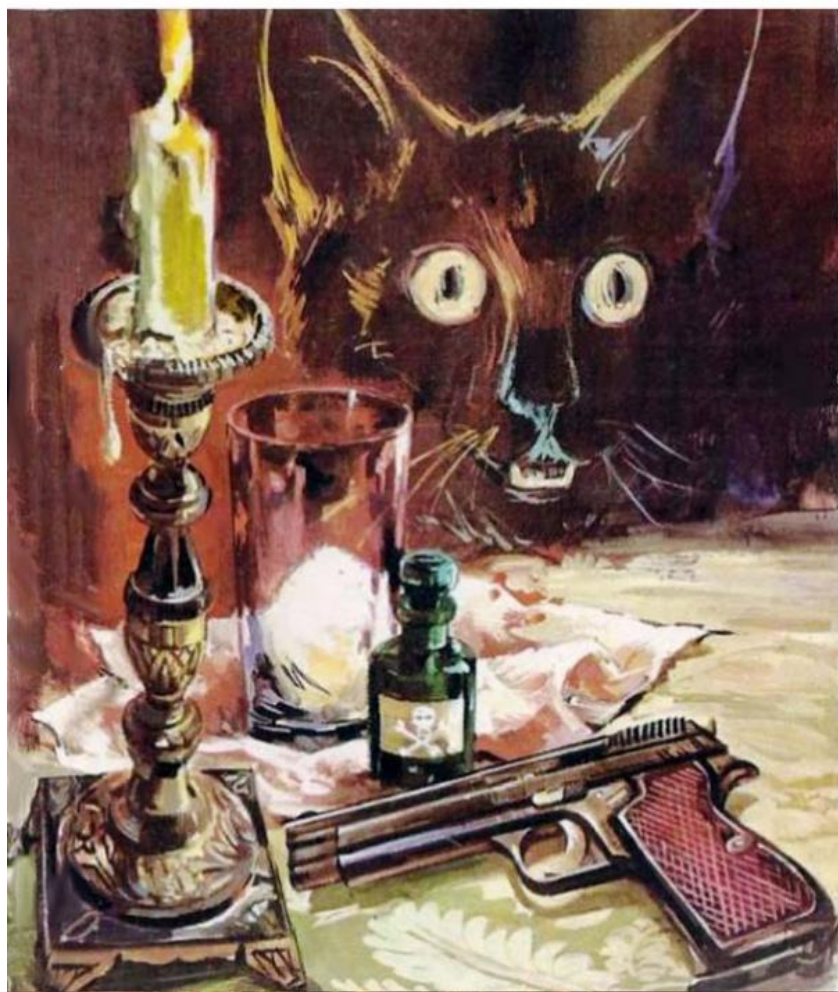


BOLSEROS BRUGUERA
PUNTO
ROJO

morir casi dulcemente...

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

MORIR CASI DULCEMENTE

Colección PUNTO ROJO n.º 553

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRÚGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 38.614 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1972

© VIC LOGAN - 1972

texto

© MIGUEL GARCIA - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección **SERVICIO SECRETO:**
1.163 — Casualidad.
- En Colección **PUNTO ROJO:**
547 — El juego del toma y daca.
- En Colección **ASES DEL OESTE:**
652 — El último en reír.
- En Colección **SALVAJE TEXAS:**
864 — Un largo viaje para morir.
- En Colección **KANSAS:**
741 — Cuatro para un rescate.
- En Colección **BRAVO OESTE:**
584 — Pareja de damas para el vaquero.
- En Colección **CALIFORNIA:**
798 — En legítima defensa.
- En Colección **COLORADO:**
766 — Los salvajes de Nuevo México.

CAPÍTULO PRIMERO

La casa formaba parte de un conjunto de viviendas condenadas a desaparecer para dar paso a la nueva urbanización de la zona.

Los Ángeles, como toda gran ciudad, ha ido creciendo, las zonas apartadas antaño, parecen juntarse cada vez más con el paso del tiempo.

Crecen modernas y rápidas vías que unen los barrios más distantes y los distritos de la periferia que forman el Gran Los Ángeles; crecen día a día, como el de Alhambra, al norte de la Monterrey Park, cerca de la Freeway 99.

Las antiguas casas, algunas que otrora fueron mansiones señoriales incluso, son ahora viejos recuerdos.

Viven unas pocas familias, otras han abandonado el lugar en busca de viviendas más modernas.

Los que aún habitan en aquel sector del distrito son gente de diversas clases, desde un profesor de la Universidad hasta un grupo de azafatas que alquilaron una de las viejas residencias para descansar en los días libres en uno de los pocos lugares en los que hoy por hoy todavía puede respirarse algo más tranquilamente.

También vive un hombre solo de unos treinta y cinco años de edad. Tiene buen aspecto y parece bien cultivado física y culturalmente. Viste con cierta elegancia y es de la clase de hombres a quién los trajes sientan bien. Nunca pareció sentirse tentado por las nuevas tendencias. Nada de usar jerseys y pantalones vaqueros. Normalmente la gente le veía entrar y salir de casa, con ropas que hasta hace poco se tenían por absolutamente normales: corbata, camisa blanca siempre limpia, etcétera.

Nadie sabía sin embargo a qué se dedicaba aquel hombre que tenía inscrito en la valla del jardín, en el buzón de la correspondencia, el nombre de Gerard Adams.

Aquella tarde, a las cuatro exactamente, Gerard Adams estaba en su casa. En el sótano. La vieja mansión, no de las mayores, pero sí enorme para un hombre solo, tenía incluso sótano.

Gerard había improvisado un rudimentario laboratorio y estaba

enfascado haciendo unas mezclas.

Había tardado bastante en conseguir lo que parecía estar buscando y aquella vez quedó satisfecho.

Colocó cuidadosamente el contenido de una probeta en una pequeña botellita blanca.

El líquido era igualmente incoloro, semejaba agua.

Tapó la botellita y subió la escalera que conducía a la planta principal de la casa. En la escalera estaba el conmutador de la luz. Dio la vuelta y el sótano quedó a oscuras.

Gerard cruzó el salón amueblado con adustos y severos muebles y buscó un plato que normalmente solía estar en un rincón, cerca de la cocina.

En el plato había residuos de leche. Lo volvió a llenar y derramó en el contenido de la leche unas gotas del preparado. Dejó de nuevo el plato en su sitio y llamó al gato bisbiseando como es costumbre internacional.

El minino no tardó en aparecer al oír el lenguaje conocido y, tras maullar, pensando quizá en la comida, se aproximó a su plato privado.

Cuando comenzó a lamer la leche, recogido y con la cola encogida, Gerard Adams consultó su reloj. Eran entonces las cuatro y cinco.

El felino tardó menos de cinco minutos en quedar satisfecho. Miró en torno suyo y se lamió los bigotes. Husmeó de nuevo la leche pero optó por dejar la poca, que había quedado en el plato. La merienda había sido sin duda alguna suficiente para él.

Ronroneó como si buscara una mano que le acariciara el lomo, y Gerard se sentó en una antigua mecedora de estas que ahora vuelven a estar de moda, y llamó al minino.

El animalito, sin dudarle, saltó con su clásica agilidad sobre las piernas de su propietario y allí se encogió buscando una posición cómoda para él.

Gerard comenzó a acariciarlo mansamente.

La caricia fue acogida con un «miau».

Gerard seguía consultando el reloj.

Transcurrieron los minutos y el gato continuó en la misma posición.

A los diez, comenzó a ronronear de sueño y Gerard sonrió.

Dos minutos después el sueño del minino parecía más profundo. Maulló con pereza y cerró por completo los ojos.

Gerard no dejó de acariciarlo. Podía escuchar los latidos del corazón del animal a un ritmo acompasado.

Otros diez minutos.

Veinte.

Por fin los latidos del felino parecieron alterarse súbitamente, pero sin despertarse en absoluto.

Luego aquel leve tic-tac fue haciéndose cada vez más débil, menos perceptible.

Gerard no dejó ni un solo momento de pasar la palma de la mano por el lomo de pelo suave y brillante.

Por último el corazón del minino dejó de latir.

Gerard aguardó aún un par de minutos, luego empujó al gato, que cayó al suelo sin mostrar la menor sombra de vida. Sí, estaba muerto.

Gerard, consultando su reloj de pulsera por enésima vez, murmuró en voz alta:

—Cuarenta y dos minutos. No está mal...

* * *

Gerard Adams dejó el coche aparcado en el patio a propósito para aparcamientos. Salió llevando consigo un pequeño cesto de mimbre tapado y se metió en un portal de la calle Rosflower.

El ascensor le condujo hasta la cuarta planta. Cuando llamó al timbre de la puerta del doctor Morton eran las cinco y diez de la tarde.

Poco después, Gerard estaba delante del doctor Morton. Doctor en medicina animal. Veterinario.

—Hola, doctor. Ha ocurrido una pequeña tragedia. Mi gato ha muerto. Se quedó dormido y de pronto su corazón dejó de latir. Quisiera saber las causas.

—Bueno. Los animales no difieren gran cosa de las personas en muchos aspectos de su organismo.

—¿Puede morir un gato de un ataque al corazón, por ejemplo?

—Desde luego El corazón es el motor de los mamíferos. ¿Qué quiere que haga exactamente?

—Bueno. Usted ya me conoce... Me preocupan las cosas de los animales. Y me encariño cuando tengo alguno. —Hizo una transición y diciendo exactamente lo que quería puntualizó—: Hágale la autopsia.

—¡Oh!

—Ya sé que no es muy corriente...

—Lo es en los casos de investigación, pero no creo que su gato...

—Por favor, doctor Morton. Examine incluso las vísceras. Tal vez la leche que ha tomado estaba en malas condiciones.

—Bien. Haré lo que usted desea.

Gerard sacó del cesto de mimbrres el gatito con un cariño casi maternal y lo dejó sobre la mesa que le indicó el veterinario.

—Telefonéeme mañana. A menos que quiera volver a llevarse el gato. En cuyo caso pase hacia mediodía.

—No, no, doctor. Quisiera un examen más rápido. Le pagaré lo que sea. La verdad es que no podría dormir tranquilo.

—¡Oh!

—¿Esta noche, doctor? ¿Le parece a las nueve?

—Es que tengo algunas cosas que hacer y...

—Insisto, doctor. Hágalo como un favor especial.

—De acuerdo, de acuerdo, señor Adams. Llámeme a las nueve.

—Si puede ser antes, mejor. Claro que deseo un examen completo.

—Descuide —prometió el veterinario.

* * *

Eran las nueve en punto cuando Gerard hacía sonar el teléfono de casa del veterinario doctor Morton.

El informe fue concreto:

—Esté usted tranquilo. Su gato murió de muerte natural. Le ocurrió como a algunas personas. Se fue a dormir y ya no despertó jamás...

Gerard insistió:

—¿Ha mirado las vísceras?

—Claro, claro. Todo normal. Ha sido un fallo. Cosa de las arterias. Ya le digo que le puede pasar igual a un ser humano.

Bueno, si quiere un informe completo se lo haré. Lo que le digo en lenguaje corriente es para que usted lo entienda y... se tranquilice. Si pensaba que su gato podía haber sido envenenado, no es así. ¿O esas prisas no eran por sus sospechas? ¿Me equivoco?

—Tiene usted buen olfato, doctor. Sí. Estaba seguro que lo habían envenenado. Ya sabe que hay gente que le tiene manía a los animales. Son sádicos... Sobre todo con los gatos... Por cierto, en cuanto a las vísceras...

—Mi querido señor Adams —interrumpió Morton—. Si se tratara de una persona de la que existiese una absoluta certeza de que había sido intoxicada, entonces sería trasladada a un gabinete especializado, pero estamos hablando de un gato. De haberlo envenenado habrían utilizado un veneno corriente, algo que no deja lugar a dudas en la autopsia... Y un gato no es un agente de la CIA, pongamos por caso, al que para envenenarle puedan utilizarse venenos poco conocidos, de los que apenas dejan huellas... En serio, señor Adams, no le dé más vueltas. Su gato ha muerto de la forma más natural.

—No puede imaginarse lo tranquilo que me deja, doctor. Gracias. Cuide usted de enterrarlo. Gracias. Buenas noches.

Al colgar, Adams lanzó un suspiro. Sonrió enigmáticamente y sacó aquel frasquito del líquido blanco de su bolsillo y lo examinó casi con devoción.

CAPÍTULO II

La urbanización de Arroyo Seco, en el distrito de Highland Park, constaba de calles rectas, perfectamente asfaltadas, y amplias zonas de jardín.

También había jardines entre edificación y edificación, y en el conjunto de casas de una sola planta, distintas pero siguiendo un mismo estilo, se respiraba un aire de mediano lujo, de comodidad y confort.

Aquellas viviendas eran para gente más acomodada.

El coche color verde esmeralda se detuvo frente al número 221, en la quinta manzana de la urbanización.

El conductor condujo el automóvil hasta el vado y avanzó hacia el garaje, cuya puerta se abría automáticamente por el sistema de ojos electrónicos.

Basculó la puerta, dejando libre la entrada.

El conductor entró en el garaje y la puerta se cerró de nuevo.

Bajó el dueño del coche. Era un hombre alto, más o menos como Gerard Adams. Su constitución atlética también tenía muchos puntos de contacto. Vestía con elegancia y acaso, para un experto, el rostro del hombre aparentaba ser algo más joven.

Exactamente cinco años más joven.

El nombre del propietario del auto e inquilino de la casa estaba también en el buzón de la puerta:

Alwyn Scotch.

Alwyn Scotch pasó al interior de la casa por la puerta que comunicaba el garaje con la cocina.

Eran exactamente las cinco y cuarenta minutos de la tarde. Se dirigió hacia la nevera y sacó la botella de la leche. Luego buscó entre los platos preparados que pueden adquirirse en cualquier supermercado y eligió el que más le apetecía en aquellos momentos.

Era a base de *spaguetti* con albóndigas. En el plástico que lo protegía se leía lo de costumbre.

«Calentar durante tantos minutos...»

Sacó la mantequilla y una botella de vino.

Todo aquello daba la sensación de obedecer a una costumbre rutinaria. Algo de todos los días que Alwyn realizaba de forma casi maquinal.

Todas las ventanas, la del saloncito y comedor-cocina daban a la parte delantera de la casa.

Al otro lado de la calle, justo en la casa de enfrente, a una distancia de unos treinta y cinco metros entre fachada y fachada, Gerard Adams estaba observando atento los movimientos del inquilino de la residencia que tenía enfrente.

Como si él también supiese de memoria cada movimiento que iba a realizar Alwyn, los enumeró en voz alta:

—Ahora encenderá el horno y pondrá el plato a calentar...

Fue lo que Alwyn hizo.

—Ahora irá al comedor y pondrá una servilleta sobre la mesa, el vaso para la leche, la botella, otro vaso para el vino, la mantequilla y la botella de vino.

Gerard hablaba lentamente pero anticipándose con la palabra al movimiento que seguidamente realizaba Alwyn, que era exactamente el que Gerard había descrito.

Claro que Gerard no estaba solo. A su lado había alguien que también observaba la casa con otros anteojos.

Era un hombre cuarentón que vestía el uniforme de la policía metropolitana de Los Ángeles.

—Ahora —continuó Gerard— desplegará el periódico y se sentará en el sillón que está junto al hogar y leerá durante unos momentos. La página de los deportes en primer lugar. Tardará solo el tiempo que necesita para que se caliente el plato que ha dejado en el horno.

—Ya veo que lo sabe usted perfectamente todo, pero no sé... las cosas cuando se llevan a la práctica no siempre salen como uno las ha planeado.

—¡Tonterías! Sé que nada puede fallar.

El policía dejó de observar y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo.

—¡No! —exclamó Gerard—. Se lo advertí, nada de fumar aquí.

El otro guardó el paquete y lanzó un suspiro. Miró sus pies. Llevaba los zapatos enfundados en una especie de guante de los que se usan para encerar algunos pisos o para no pisar un mosaico recién pulimentado.

—No fumar, usar guantes en las manos, estos chismes en los pies... ¡Hum!

—Toda precaución es poca, mi querido amigo Bradley.

—De veras, señor Adams. No sé si me atreveré.

—No he pedido que lo piense, Bradley... Simplemente le he ordenado que lo haga.

—Pero...

—Creo que la cosa es bastante clara, ¿no? A usted no le interesa que sus superiores conozcan algunos pasajes de su vida poco edificantes... Hace tiempo anda buscando el ascenso, y si esos informes que yo poseo dejaran de ser un secreto, no solamente no conseguiría ese ascenso, sino que sería expulsado del cuerpo.

—Esto es un chantaje.

—Llámelo un chantaje oficial.

—Pero usted tiene otros medios para hacer lo que me ha pedido.

—Tiene que ser usted, Bradley. No puedo confiar en nadie más un caso como éste. Por las circunstancias que ya sabe, solo usted cuidará de mantener la boca cerrada, a menos claro está que esté dispuesto a admitir que se dejó sobornar en un par de ocasiones y que ayudó o hizo la vista gorda ante un caso de asesinato...

—Bueno, no siga. Ya sé que tiene mi ficha completa. No sé cómo lo ha podido averiguar, pero estoy en sus manos.

—Mi querido Bradley. En mi Departamento averiguamos todo lo que nos conviene.

—No lo entiendo, de veras. No entiendo esos métodos, pero en fin. Acabemos...

—Lo que tiene que hacer es fácil. Entrará en la casa a cualquier hora del día.

—¿Forzando la puerta?

—Yo tengo un duplicado de la llave del señor Alwyn Scotch — y se la mostró.

El policía iba a cogerla, pero el otro la retuvo.

—No. Hasta mañana. Sólo la tendrá en su poder el tiempo justo que la necesite. Igual que esto.

Y sacó entonces el frasquito de líquido incoloro.

—Sí, sí. Continúe.

—Bien. En el rincón que forma la sala con la puerta de la cocina hay el depósito de agua. Es de cristal. Un depósito corriente de agua purificada. Sólo tiene que destaparlo e introducir dentro del depósito la dosis que le facilitaré, exacta, en un inyectable de plástico. Supongo que sabe cómo funcionan. Sólo tiene que romperlo presionar el émbolo. Saldrá el líquido, que se diluirá instantáneamente en el agua. —Hizo un inciso para aclarar con énfasis—: El señor Alwyn Scotch solo bebe vino durante la cena. No toma ninguna otra clase de bebidas alcohólicas, ni refrescos en general. Sólo agua. Todas las noches antes de retirarse toma un vaso de agua.

—¿Y qué pasará cuando reviente? Sabrán que ha sido envenenado.

—No, mi querido Bradley. Yo no soy un aficionado. Este veneno no deja huellas, ninguna. Habría que hacer un examen exhaustivo para encontrar algún indicio, y esto no se hace a menos que se sospeche de que la víctima ha sido envenenada... Y puedo asegurarle que la muerte de nuestro amigo va a aparentar ser una cosa absolutamente normal.

—Pero los venenos...

—Este es fruto de un largo estudio, Bradley, pero no voy a discutir esto con usted. Sepa únicamente que los síntomas son de sueño, un sueño que se va agudizando, lo cual es normal en una persona que ha trabajado, durante todo el día. Sí. Normal que por la noche sienta deseos de dormir... Se queda uno profundamente dormido y ya no despierta nunca más. ¿Diagnóstico? Sencillo: ataque cardíaco. Y Alwyn Scotch ya tuvo en alguna ocasión una dolencia de corazón, por lo cual su muerte aparecerá todavía más normal.

El policía lanzó un bufido.

—Bueno... ¿Y qué pasará si otra persona bebe agua del depósito? El veneno seguirá dentro.

—Pues no...

—¿Quién lo va a sacar?

—La asistenta. Viene todos los lunes, miércoles y viernes de cada semana. Llega a las seis y media. En esa hora Alwyn Scotch duerme todavía. Su despertador no suena hasta las siete. En este tiempo la asistenta ha empezado ya a hacer la limpieza y, para no despertar al señor Scotch, comienza por cosas que hacen poco ruido, una de ellas es cambiar el agua del depósito. El señor Scotch es muy escrupuloso y quiere que el agua se cambie todos los días. De modo que, como ve, no podrá quedar ni la más remota prueba del veneno.

—¿Y qué ocurrirá cuando a las siete el señor Scotch no se levante?

—Eso, querido Bradley, ya no debe importarnos ni a usted ni a mí. Todo depende de la asistenta. Si se da cuenta de la hora tal vez se le ocurra entrar a despertar al señor Scotch. Lo encontrará frío, chillará y seguramente llamará a un médico, pero repito que lo que ocurra carece de importancia.

—¿Y a mí? Cuando entre en la casa... Quiere que lo haga en pleno día...

—Es natural. Nadie pregunta a un policía por qué ronda una casa. Es lógico que lo haga. Es parte de su trabajo.

—Pero este no es mi distrito.

—Bradley, debería saber que para la gente la mayoría de los policías son iguales. Ven únicamente un uniforme y esto les basta —hizo una pausa para añadir, siempre con la mayor seguridad—: En el caso de que alguien pudiera sorprenderle dentro de la casa, puede usted decir que le extrañó ver la puerta abierta. No tienen por qué sospechar, puesto que usted no la habrá violentado, ya que como le he dicho le facilitaré la llave... Luego, y poniéndonos en lo peor, la circunstancia de que un policía haya «visto» una puerta abierta sería a la vez un descargo para usted en el caso de que pudiera sospecharse el asesinato, que repito es imposible demostrarlo.

Bradley iba a aducir algo pero nuevamente Gerard Adams le atajó:

—Y no me salga ahora con que pudieran hacerle preguntas. Aun así, usted no conoce personalmente al señor Scotch. No sabe nada de nada. Nada le une a él y no le ha visto jamás. Tampoco podría demostrar nadie que tuviera usted ninguna cuestión personal

con él, así que sin móvil no hay crimen, pero insisto una vez más, no hay que pensar en que se descubra. Yo haga las cosas bien.

Tras una larga pausa, el policía preguntó:

—¿Cómo conoce tan bien a ese hombre?

Gerard estaba observando a Alwyn Scotch que estaba ya cenando. Eran las seis y cinco minutos de la tarde.

—Sí. Siempre tan metódico... Todos los días lo mismo. Una cosa para cada hora, un trabajo para cada tiempo... Terminará de comer a las seis y media. Luego volverá a leer... ¡Oh, disculpe! ¿Me había dicho usted algo, Bradley?

—Le pregunté cómo conocía tan bien a Alwyn Scotch.

—¡Oh! Esto es muy fácil de contestar, Bradley. Alwyn Scotch fue... y sigue siendo, mi mejor amigo... El mejor, sí. El mejor amigo que he tenido en toda mi vida.

* * *

Los dos hombres habían salido de la casa por la parte trasera. Era una especie de puerta de servicio, tras la cual y antes de salir dejaron las fundas que cubrían los zapatos de ambos.

Con un trapo destinado al efecto, Gerard Adams borró toda posible partícula que hubiese podido quedar en el suelo.

Bradley se quitó los guantes blancos y los devolvió a Gerard. También el que había planeado tan fría y calculadoramente el asesinato se quitó los suyos.

—¿Y por qué diablos quiere matar...?

—Cierre el pico, Bradley. Habla usted demasiado fuerte.

—Aquí no puede oírnos nadie.

—En cualquier caso, no le importan los motivos. No son cosa suya.

—Está bien, está bien... Pero si algo sale mal...

—Es usted un pesado, Bradley.

—Bueno. Acabemos, ¿cuándo me dará la llave y ese líquido que guarda en el bolsillo?

—Mañana. Venga a verme antes de mediodía. ¿Podrá?

—Creo que sí.

—Usted ya sabe dónde está la división del FBI en Los Ángeles, ¿no?

—¡Claro! Pero, ¿pretende que vaya allí? —preguntó el policía, un tanto extrañado.

—¿Por qué no? No será usted el primer ni el último agente que me visita en mi despacho.

—Bueno. Como quiera.

—Cuando llegue, si no me ve en el vestíbulo pregunte por mí despacho. No se olvide. Inspector Adams.

—Y recalcó con énfasis—: Inspector de primera clase Adams.

CAPÍTULO III

Eran las doce menos diez de la mañana siguiente cuando el agente Bradley cruzaba el vestíbulo de la división del FBI.

Dirigió un vistazo general en derredor. Había bastante movimiento de gente entrando y saliendo, o pasando de un lado a otro para dirigirse a los ascensores o a los departamentos de la planta baja.

Bradley se dirigió al mostrador donde un hombre uniformado atendía a la gente.

—Busco el despacho del inspector Adams. Inspector de primera.

—Cuarta planta. El conserje le indicará.

—Gracias.

Tropezando con la gente, Bradley se dirigió hacia uno de los ascensores.

Antes de llegar oyó la voz inconfundible de Adams:

—¡Eh, Brad! Ya veo que es usted puntual.

Adams acababa de salir de una de las puertas del corredor contiguo al vestíbulo.

—Bueno, aquí estoy.

—Salgamos a tomar algo. Hay un bar a la esquina. Yo no soy abstemio como nuestro amigo.

Pasó la mano por el hombro del policía, algo más bajo que él y con más peso, y ambos salieron a la calle mezclados entre la gente.

Las aceras también estaban abarrotadas. Era una de las horas punta en las que los que trabajaban se afanaban para ir a los locales de costumbre a tomar el leve refrigerio del mediodía.

El bar que eligió Adams solo servían bebidas y por esto no registraba el gentío de los automáticos o de los que servían bocadillos ya preparados para la masa laboral.

Ocuparon un taburete cada uno en la barra y Gerard pidió un

martini. Bradley rechazó.

—Sólo cerveza. Y no puedo entretenerme mucho. Entro de servicio a las cuatro. Pero no se preocupe, para entonces «todo estará preparado».

—¿Va a hacerlo ahora?

—En cuanto salga del bar me iré para allá. Tengo media hora buena con el tránsito que hay.

—Tranquilo, Bradley. Tranquilo.

Le entregó la llave y el inyectable con la dosis precisa para el depósito del agua.

—¿Lo recuerda todo?

—Hay poco que recordar. No se preocupe. Ya me he hecho a la idea.

Y tomó la llave y el inyectable, que guardó rápidamente en su bolsillo.

Bajando la voz el policía masculló:

—Lo que me gustaría saber es si esto es un asunto oficial... y si es así, por qué se utilizan estos métodos. Esto no es propio del FBI. O acaso... ¿O acaso sí lo es?

El otro sonrió y también en voz baja inquirió:

—¿Acaso es propio de un policía en activo que entre en casa de un ciudadano al que se supone debe proteger, para envenenarle? ¿Verdad que tampoco es lógico?

Bradley apretó los puños con rabia. Terminó su cerveza y murmuró:

—Bueno. Ya no puedo perder más tiempo.

—Buena suerte, Bradley, y domine sus nervios.

—Bueno, hay algo más... usted me prometió...

—Una recompensa... Descuide, le llamaré en cuanto «sepa los resultados».

—No me falle, ¿eh?

—Yo siempre cumplo lo que prometo, amigo mío. Ande, vaya, y no corra, no sea que vaya a tener un accidente.

Había un tono de burla en la voz de Gerard, un tono irónico propio del ser superior que se sobrestima y ve en sus semejantes a simples vasallos que jamás podrán llegar a su altura.

Bradley montó en su motocicleta y se puso en marcha hacia la casa de Alwyn Scotch, procurando dominar sus nervios.

Pese a su profesión no podía evitar una cierta inquietud que no conseguía dominar.

Hizo el viaje recorriendo la 66 Freeway, para luego tomar el desvío a la altura de la 43 Avenue, a la vista del Highland Park, que quedaba más al norte.

Cuando dio un rodeo a la zona para dejar la motocicleta escondida en una zona verde, entre setos, había transcurrido media hora exacta. Luego continuó a pie por la quinta manzana hasta llegar a la altura del número 221.

Entonces empezaba el momento culminante.

Debía entrar en la casa.

Antes de meterse en el césped observó que nadie pasaba en aquellos momentos.

Iba a seguir cuando vio que de la otra esquina surgía un automóvil a marcha lenta.

Se volvió como si estuviera observando hacia el otro lado.

El automóvil se detuvo a la altura del policía y su conductor asomó:

—Disculpe, agente. ¿Es eso Highland?

El policía se volvió.

—No. No exactamente. Esta es la urbanización de Arroyo Seco.

—Sí, eso busco. Pero la avenida Highland, ¿dónde está?

Bradley no conocía demasiado bien aquello, únicamente había ido para observar la casa, siempre acompañado de Gerard. Conocía lo justo.

Recordaba sin embargo que había una calle más ancha que las demás y pensó que aquella podía ser la avenida.

—Siga hasta la manzana siguiente y tuerza a la derecha. Ya verá una calle ancha.

—Gracias, agente.

El auto arrancó y Bradley aún continuó en el mismo sitio hasta que le vio desaparecer en la esquina. Entonces ya no pasaba nadie y decidió ir derecho a la puerta.

Introdujo la llave en la cerradura y notó que tenía la mano poco firme, lo cual no era habitual en él.

Consiguió abrir.

Pasó al vestíbulo, caminando con pasos medidos. La casa era más o menos lo que ya había visto a través de los prismáticos.

El depósito de cristal del agua estaba allí, en un rincón, tal como le había indicado Adams.

Se dirigió a él con el inyectable de plástico preparado en la mano.

Quitar el cristal superior fue fácil. Luego levantó la mano para empujar el émbolo de la jeringuilla a fin de que el líquido cayera dentro del recipiente.

Salió un chorrito. Dos centímetros cúbicos a lo sumo y cuando el líquido se mezcló con el agua no cambió en absoluto el color. Todo parecía normal como si aquella agua continuara siendo pura, potable, purificada.

Sin embargo... un simple vaso bastaba para que produjera un sueño que acababa siendo letal.

Tapó rápidamente el depósito y se guardó la jeringuilla para devolverla a Adams, tal y como él le había indicado.

Miró en derredor, por si alguna cosa no estaba tal como la encontró al entrar.

No había tocado nada, excepto la tapadera de cristal. Recordó que se había olvidado de manipularla con los guantes y la quitó de nuevo para borrar todas las huellas.

Por fin, ya con guantes, volvió a tapar el depósito. Un último vistazo le sirvió para dar la conformidad a todo. Sí. Todo estaba igual, exactamente igual.

Salió de la casa y cerró con llave para volver a la acera.

Disimuladamente miró hacia atrás. No había nadie. Todo había salido a la perfección.

Anduvo con paso normal hasta la esquina, luego dio el mismo rodeo que en la ida para ir ahora en busca de la motocicleta.

Cinco minutos después, el ruido del motor de la motocicleta anunciaba la marcha del policía.

Tras él, en el número 221 de aquella calle, había quedado la muerte flotando en un depósito de agua.

Aquella noche, alguien iba a morir.

CAPÍTULO IV

Conozcamos mejor a la futura víctima.

Está ahí en esa enorme fábrica de productos químicos. Todos los días laborables desde las ocho y veinte minutos de la mañana hasta las cinco de la tarde trabaja en el laboratorio.

Tiene su despacho propio y ciento doce hombres obedecen sus órdenes.

El profesor Goddard, decano de los investigadores, es para Alwyn Scotch su maestro indiscutible. Colaboran juntos en muchas cosas.

Goddard, que por su aspecto aparentaba más años de los que tenía en aquellos momentos, a las cuatro de la tarde estaba sumergido en un mar de ecuaciones.

—Déjelo por hoy, profesor —dijo Alwyn—. Usted me ha enseñado que cuando las cosas no salen es mejor dejarlas descansar. La idea puede surgir, a veces, tomando una taza de café.

—Tú no ignoras, mi querido y aventajado alumno, que este es un trabajo para el Gobierno y que lo necesitan con urgencia. Al margen de la fábrica, nuestro trabajo se convierte a veces, como ahora, en una... ejem...

Se interrumpió, al ver aparecer en el laboratorio particular la alegre figura femenina, de formas ondulantes remarcadas por una ajustada bata blanca.

—Es Molly, profesor —sonrió Alwyn.

—¡Oh, tu bonita secretaria que vendrá a ofrecernos una taza de café!

Y Molly, escuchando las palabras del profesor, murmuró:

—Se lo he servido en la salita, profesor. En el suyo le he puesto una dosis de P. L.

—¡P. L.! —exclamó el viejo Goddard—. ¡Veneno! ¡Bah! ¿Quién

puede tener interés en envenenarme? ¿Usted, Molly? ¡Vamos, tiene razón Alwyn! Hay que dejar airear las cosas. Tomaremos ese café.

—Yo lo tomaré con el profesor. ¿Nos acompañas, Molly? —dijo el joven.

—Si han de hablar de grandes secretos prefiero no escucharles... ¡Oh! Y no puedo, además. Tengo que poner en orden todas esas fichas del demonio. ¿Por qué diablos guardan tantas cosas?

Los dos hombres se dirigieron hacia la «salita».

Era, en efecto, una pequeña sala que se utilizaba para los visitantes del laboratorio. Una sala de espera. Allí se sentaron Goddard y Alwyn Scotch.

—Te decía, Alwyn, que a veces me da la sensación de que contribuimos a una hecatombe. Eso es. Una hecatombe. Utilizan los grandes laboratorios comerciales para encargarnos trabajitos. De este modo, fuera del área militar, ya es más difícil que otras potencias puedan introducir espías.

Hizo una pausa y con su vocecilla chillona, casi infantil, añadió como si sus propias palabras le hubiesen causado risa:

—¡Potencias! ¡Espías! Todo esto suena a novela barata y sin embargo solo basta con leer los periódicos de todos los días: agentes secretos, operaciones en gran escala...

—Así es, profesor, pero siempre se exagera un poco —repuso Alwyn saboreando su café.

—Bueno, bueno, pero el caso es que nos utilizan. Y no es que me duela, pero piensa en esa fórmula...

—¿«Detergente»?

—¡Eso es! ¡Menudo detergente!

—De algún modo tenían que llamarlo.

—Sí, sí... Pero escúchame bien... Bueno, es mejor no hablar aquí. Siempre hay peligro de que pongan micrófonos. Hoy está muy en boga. Micrófonos ocultos...

Aquella conversación continuó fuera del laboratorio, cuando Alwyn con su automóvil acompañó al profesor Goddard a su casa, como casi todos los días.

—Aquí no hay micrófonos —dijo Alwyn.

—Bueno... Quería decirte que nuestro secreto... debe seguir en pie.

—Sí, profesor. Estuve de acuerdo con usted cuando me lo dijo.

—Esa fórmula... «Detergente». Hum... Podría ser empleada contra la humanidad. Es decir, estoy seguro que sería utilizada para fines maléficos, por eso no la entregué. Tú eres el único que la conoce y sé que puedo confiar en ti.

—Profesor. Yo pienso como usted. El mundo sería maravilloso sin tantas fórmulas... Se inventan para mejorar las comodidades y acaban utilizándose para destruirnos unos a otros, primero dándoles miedo, lo cual incita a los demás a descubrir nuevas armas. Si un día todas las potencias utilizaran las que tienen, el mundo terminaría en unos segundos.

—Las bacterias es lo más peligroso. La contaminación instantánea. «Detergente» podría ser un gran paso para una nueva arma. No es definitiva, pero perfeccionándola... ¡Bah! Me asusta pensarlo.

—«Detergente», querido profesor Goddard, está bien guardado.

—Te confié la fórmula, Alwyn...

—Está segura.

—¿Completamente?

—Aunque revolvieran mi casa de arriba abajo no la encontrarían. Tuve buenos maestros en el arte del camuflaje...

—¿Eh?

—No olvide que trabajé dos años en servicio activo como agente del FBI, aparte de otros dos en la escuela oficial de Quántico. Se aprende mucho...

Se detuvo ante un semáforo.

—¿Por qué lo dejaste? —preguntó el profesor.

—Bueno. Aquello no era exactamente lo que quería. Un amigo mío había insistido mucho y me dejé influenciar, pero lo mío es la investigación. Supongo que fue como una locura de juventud.

—No, no. A ti te ocurrió algo. ¿Eh? No me lo digas si es un secreto.

—Algo ocurrió, sí. Tal vez descubrí cosas que no me gustaron. Ahora lo veo todo distinto y sé que estoy donde me gusta.

—Debiste ser uno de los agentes más jóvenes.

—Sí. En efecto. Tuve la facultad de aprender de prisa.

—Nunca me has hablado mucho de aquel tiempo... ¿Qué casos importantes tuviste?

—¡Bah! Cosas de pura rutina. No todo es como ocurre en las novelas, aunque hay asuntos que superan en mucho la ficción. En general se confían a hombres casados, con responsabilidad. Eso les hace menos temerarios, más reflexivos. Esas son las normas. Dicen que los jóvenes actúan más impulsivamente y a veces esto puede costar el éxito de la misión.

—¿No añoras aquello?

—¡Oh, no! Estoy muy a gusto donde estoy. Llevo ya seis años.

—Y has subido muy aprisa.

—He tenido un buen maestro.

—¡Adulador!

—De veras.

—Me alegro por ti, Alwyn. Tienes un porvenir muy brillante. Cuando yo me retire nadie mejor que tú para ocupar mi puesto, si antes no te destinan a algo mejor, un nuevo departamento o la dirección general de todo el laboratorio. Sí, señor. A tus treinta años tienes un porvenir como pocos. Como muy pocos...

Pero el porvenir de Alwyn Scotch, que seguía conduciendo el coche hasta la residencia del profesor, estaba pendiente de aquella bombona de agua de su casa, en la urbanización de Arroyo Seco Park.

* * *

La bombona.

La bombona de cristal con agua aparentemente pura, limpia, cristalina. Agua pasada por el purificador que, sin embargo, un vaso bastaba para que al bebedor le entrara un profundo sueño del que jamás despertaría.

Alwyn Scotch llegó a la hora acostumbrada.

No había nadie en la casa de enfrente. Nadie que le observara a través de los prismáticos.

Su tiempo, sus costumbres habituales, las estaba cronometrando mentalmente desde su casa el inventor de aquel líquido letal: Gerard Adams.

Gerard Adams se hallaba tendido en un sofá de su casa, del barrio condenado a desaparecer.

Consultaba su reloj y mentalmente imaginaba los pasos que

estaba dando por la casa su futura víctima.

La campanilla de la puerta le sacó de su afición por el cronómetro. Fue a abrir.

En el umbral apareció una muchacha joven, rubia, que usaba una falda de menos de un palmo y mostraba unos muslos perfectamente formados, amén del resto de sus extremidades.

—Mi querido amor... Celebro tu probada puntualidad —sonrió Adams, ante la femenina visita, a la que introdujo en su casa.

—Bueno. ¿Es que ya no me esperabas?

—Claro que sí. Estaba trabajando...

—¿En qué diablos trabajas?

—Hum... En muchas cosas. Alto secreto.

—¡Oh, sí, sí! Muy misterioso eres tú. Espero que algún día no tengamos que correr... Bueno. ¿Estás listo o qué? Me prometiste que iríamos a cenar.

—Claro, encanto, claro. Iremos adonde tú quieras. Hoy es un gran día. Un excelente día. ¿Me permites que me cambie de corbata?

—¿Qué le pasa a la que llevas, no está bien? —protestó la rubia.

Los modales de la muchacha eran bastante elementales y no trataba de superarlos. El, a su lado, semejava un lord, un Pigmalyon, pero sin mostrar predisposición alguna para enseñar o corregir defectos.

Desapareció para reaparecer brevemente con otra corbata color marrón.

—Esta entona mejor con mi traje *beige*. Que, por cierto, tengo que llevarlo al tinte. ¡Hay que ver cómo se ensucia la ropa! Bueno. Ya estoy listo. La tarde y la noche son tuyas, te pertenecen —y consultó de nuevo su reloj.

Sonrió.

—¡Eh! ¿Qué es lo que te hace gracia?

—Estaba pensando en un amigo mío. Ahora estará cenando un plato preparado, tostadas, mantequilla y un vaso de vino californiano...

—¡Vaya banquete! —espetó la chica irónicamente.

—Y por la noche tomará un vaso de agua. ¡Agua!

—A lo mejor pilla una borrachera.

—¡Anda, vamos, cariño! Nosotros comeremos mejor. Mucho mejor. Te llevaré al Sombrero Rojo.

—¿No está en Sunset esto?

—Sí, querida.

Habían salido fuera y él abría ya la puerta del coche.

—Este es un sitio muy elegante, ¿eh?

—Pues bastante.

—¡Oye, tú! Yo no quiero hacer el ridi.

—Pero si estás monísima.

—¡Estoy como estoy! Tú me has buscado. Pero sé hasta dónde puedo llegar. En esos sitios van antiguallas, visten a la moda del ochocientos... ¿Por qué no vamos a un lugar de los míos?

—Porque esa otra clase de sitios apestan. Yo también soy una antigualla. Pero por lo visto te gusto... Déjame ser tu guía. Verás cómo pronto te acostumbras a lo bueno. Lo bueno, siempre será lo bueno, pasen las modas que pasen y soplen los vientos de donde soplen.

—¡Estás muy filarmónico!

—Se dice filosófico, querida. Filosófico. Algo tengo de esto.

—Bueno. Es la segunda vez que salgo contigo y todavía no sé qué he visto en ti... Claro que... un poco sí me gustas... Pero en serio... ¿No tendrás algo que ver con la poli, eh? Quiero decir, que no serás uno de eso que...

—Ni me oculto de la policía, querida Maggie, ni soy un maníaco sexual. Cuando quiera hacerte el amor te lo pediré cortésmente. Odio la violencia. Todo se puede obtener sin utilizar la fuerza bruta ni los malos modales. Incluso se puede... se puede matar a alguien sin causarle el menor daño.

—¡No te entiendo, palabra! —repuso ella subiendo al coche y tirando un poco hacia bajo su exigua falda.

Adams sí que lo entendía. Consultó su reloj y pensó:

«¡Ahora está terminando su cena!» Y naturalmente se refería a Alwyn Scott.

CAPÍTULO V

Alwyn estaba, en efecto, terminando su cena. Apuró el vino que tenía en el vaso.

Entonces llamaron a la puerta.

No esperaba visitas, pero fue a abrir.

En el umbral apareció una mujer joven, de unos treinta años, llevaba a un niño cogido de la mano, un muchacho de unos ocho años, de aspecto revoltoso y con la cara llena de pecas.

Los ojos de Alwyn se alegraron. Sonrió abiertamente y levantó los brazos:

—¡Lara! Esta sí que es una agradable sorpresa. ¿Cómo estás? ¡Pero si viene el gran Jimmy también! Hace siglos que no nos vemos.

—¡Claro, como tú nunca te dignas visitarnos!

—Lara, sabes que estoy muy ocupado. Además, tú trabajas y tienes que ocuparte de Jimmy. Pero pasad. Qué torpe soy.

—Bueno. Será que no estás acostumbrado a recibir visitas... Me gustaría saber en qué demonios se ocupa un hombre solo tanto tiempo en casa...

Alwyn les había introducido en la acogedora salita.

—¡Y qué limpio está todo! ¿También lo haces tú?

—No, no... tengo una asistenta. Sentaos. ¿Queréis comer algo? Yo he terminado ya de cenar, pero puedo prepararos...

—Sólo estaremos un momento. Verás, Jimmy tenía que ser examinado por un médico en el policlínico ese que está al otro lado del Parque.

—¿Qué le pasa a Jimmy?

—Nada importante. Es una afección de garganta. Es bastante perjudicado. Tendrán que extirparle las amígdalas.

—¡Yo no quiero que me extirpen nada! —protestó el chico.

—Tú cállate. Harás lo que te digan. Es por tu bien —repuso la

joven madre del muchacho.

—¡Tonterías! No deberían quitarnos nada. En el colegio nos enseñan que el hombre es el ser más perfecto... Pues si es perfecto es porque todo lo que tiene cuando nace le es necesario. ¿Por qué se lo quitan?

—Es listo el chico... ¿Qué te parece?

—Sí, va muy adelantado en los estudios —replicó la madre. Luego, en tono menos alegre, añadió—: Se parece mucho a Frank.

—Es posible —repuso Alwyn—. Mi hermano siempre fue muy inteligente. Fue una lástima que muriera cuando más le necesitabais... Cinco años ya. ¡Cómo pasa el tiempo!

—Para ti tal vez —repuso ella.

—Sí, lo comprendo...; sin embargo, ¿por qué rechazaste mi ayuda? A mí no me importa...

—No quiero tu dinero, Alwyn... Bueno, perdona, no quiero decir que lo desprecie, pero tengo un buen empleo en la oficina y puedo ir tirando. Insisto en que me perdones, pero no soportaría tener que vivir de la caridad.

—¡Pobre y querida cuñada mía!

—Afortunado cuñado que sigues soltero y sin problemas —sonrió ella tratando de alegrarse.

—¿No has pensado en casarte de nuevo? Nadie iba reprochártelo. Ya sé que adorabas a Frank, pero... las circunstancias... Además, tú eres joven y bonita. Esto ya lo sabes. Mi hermano siempre tuvo muy buen gusto.

—¡Oh! Conseguirás que me ruborice... Bueno, la verdad es que no lo he pensado siquiera. El niño era tan pequeño y yo... ¡Tú eres quien tiene que casarse! ¿Por qué no se lo pides a aquella chica que trabaja contigo en el laboratorio?

—¿Molly?

—Me la presentaste por las Navidades... ¡Fíjate, desde entonces no habíamos vuelto a vernos!

—Es cierto... Era la antevigilia. Ella iba a comprar un árbol y la acompañé...

—Era una chica muy mona. La recuerdo todavía.

—Sí, es bonita. Y tal vez algún día me decida a... Bueno, no sé...

—Como no te des prisa... ¡No va a esperarte eternamente! ¡Y

estoy seguro de que está por tus huesos! En eso las mujeres no nos equivocamos. Bastaba con ver su forma de mirarte.

El pequeño Jimmy interrumpió para aducir:

—Tío Alwyn... ¿Cuándo trabajabas en el FBI llevabas una «Parabellum»?

—¿Eh?

—La usan los agentes secretos... Y su arma de reglamento es una «Magnum».

—¿Quién te ha contado todo esto?

—Bueno —sonrió la madre—. Lo del FBI se lo he explicado yo. Tú eres la única familia que tenemos. El único tío que tiene Jimmy. Lo de los nombres de las armas, ¿dónde crees que puede aprenderlo? En la televisión y en las novelas gráficas.

—¿Qué aventuras viviste? Cuéntamelo —insistió el muchacho.

—No molestes —protestó Lara Scotch, nombre que aún conservaba de su matrimonio con el hermano de Alwyn—. Otro día vendremos con más tiempo. Ahora tenemos que irnos.

—¿Tan pronto? ¡Vamos, Lara! Tengo provisiones. Tú misma puedes preparar lo que más te apetezca.

—No puedo, Alwyn, tengo que llegar pronto a casa. Me traje trabajo de la oficina. Esto representa unos cuantos dólares más al cabo de la semana, ¿comprendes?

—Pero, Lara... Yo podría...

—No, Alwyn. Ya sabes mi opinión... Y la verdad es que no pensaba pasar por aquí, pero me equivoqué de autobús y al ver que se dirigía hacia la urbanización, pensé que podía aprovecharlo para pasar a saludarte.

—Y has hecho bien, aunque puedo dar gracias a este error. Pero... ¿y tu coche?

—El pobre está muy viejo. Necesita una reparación a fondo.

—¡Tengo sed! —interrumpió el pequeño.

—¿Es que no puedes estar cinco minutos callado, Jimmy? —le reprochó su madre.

—Te daré una «Coca-Cola», ¿eh? Creo que en la nevera hay alguna.

—¡No! No se la des —repuso Lara—. No le sienta bien.

—¡La «Coca-Cola» me gusta! —adujo el pequeño.

—No quiero que la tomes. Te sienta mal. Las bebidas gaseosas

no van bien para su estómago. En eso sí se parece a Frank.

—Bueno, pues tomaremos un vaso de agua pura. Yo también tengo sed... —Y se dirigió hacia la bombona de cristal que contenía el agua y... lo «demás».

Luego añadió Alwyn:

—Después os acompañaré con el coche.

—¡Al otro lado de la ciudad! ¡Oh, no! No quiero causarte molestias...

—Y yo no quiero que vayas en autobús...

—¡Pero si voy todos los días!

—No importa... Ahora estás en mi casa.

Tomó dos vasos de la cocina y abrió la espita que dejaba paso al agua del depósito de cristal.

—¿Quieres tú? —invitó Alwyn a su cuñada.

—No, no. Ahora no tengo sed. Te recogeré esto de la mesa.

—No te molestes —terminó con el primer vaso que dejó sobre la mesa y comenzó a llenar el segundo—. Lo hago siempre yo.

—Sí, lo comprendo, pero ahora estoy yo aquí.

—¿A cambio de acompañarte a casa? —sonrió él, concluyendo de llenar el segundo vaso.

—¿Puedo beber, tío Alwyn? —preguntó el pequeño.

—Claro que puedes, Jimmy.

Lara tomó el plato y los vasos de la mesa, los vacíos. Jimmy cogió el vaso de agua. Iba a llevárselo a la boca, pero Lara exclamó:

—¡Pero, hijo! ¿Te has fijado qué manos? ¡Cielo santo! No me había dado cuenta.

El muchacho escondió las manos, como si temiera que se las cortaran.

—¡Vamos! Enseña esas manos.

Las mostró. Había manchas de grasa.

—Ha sido en el autobús —exclamó ella—. Te lo digo siempre. Tienes la manía de tocarlo todo.

—Esto se limpia fácilmente. Anda, ya sabes dónde está el lavabo —dijo Alwyn y tomó su vaso para beber. Lara contemplaba a su hijo, murmurando:

—En eso de la limpieza es una calamidad.

El vaso que sostenía Alwyn estaba ya a la altura de sus labios. Iba a tomar el primer sorbo.

—¡No me acuerdo de dónde está el lavabo! —exclamó el pequeño—. Vengo tan poco a tu casa.

Momentáneamente, Alwyn se libró de tomar el veneno. Dejó el vaso y dijo:

—Vamos, yo te acompañaré.

—Déjale, Alwyn. Yo iré.

Pero Alwyn ya estaba con su sobrino. Le cogió de la mano y le mostró la puerta al fondo del paso que separaba el dormitorio, el trastero y el baño.

—¡Ahí al fondo! ¿Necesitas ayuda?

—No.

—Buen chico.

Regresó mientras su cuñada había dejado ya todo en la cocina y al volver miró largamente a Alwyn con una extraña expresión en su rostro.

Él tomó nuevamente el vaso y la observó. Ella sonrió un tanto estúpidamente, como si le doliera que Alwyn la hubiese descubierto observándolo.

—Haces cara de cansada, Lara.

—Pues no lo estoy... ¡Alwyn!

—¿Qué?

El volvía a tener el vaso a flor de labios y lo dejó un momento.

—Pues... No sé... Nada. Una tontería.

—Dila. Si es algo que te preocupa...

—No. No es nada. Únicamente pensaba en... lo distanciados que hemos estado —dio la vuelta y se metió de nuevo en la cocina.

Aquella vez Alwyn se dispuso a beber tranquilamente. Tomó el vaso y se sentó en su sillón preferido.

Examinó el agua distraídamente y con normalidad se lo llevó hacia la boca.

—¡Alwyn! ¿Dónde pones los vasos? —inquirió Lara desde la cocina.

En aquel instante Jimmy salió del lavabo.

—¡Vaya espuma hace tu jabón, tío Jimmy! Si en casa tuviéramos un jabón así...

Alwyn dejó el vaso para ir a la cocina.

El pequeño tomó el suyo que seguía sobre la mesa lo bebió a grandes sorbos.

El pequeño tenía sed. Mucha sed.

CAPÍTULO VI

—Lara... —empezó Alwyn mirándola a los ojos tras observar que su cuñada volvía a dirigirle aquella mirada extraña, mezcla de admiración, de algún sentimiento íntimo, acaso odio... pero extraña en suma—. Lara —repitió—, me gustaría que vinieras más a menudo.

—¿Para qué?

—No sé... Siempre me he creído con un deber hacia vosotros. Sois también mi única familia.

—Tú me has mirado siempre como... no sé...

—Como la esposa de mi hermano y ahora como la viuda... Siempre he sentido un gran respeto por ti y una gran pena, pero nunca has permitido que te ayudara, excepto en los primeros tiempos...

Jimmy se había apoltronado en la butaca que antes ocupó Alwyn.

Junto a la mesa había el vaso de agua íntegro que Alwyn aún no había bebido.

En la cocina, Lara murmuró:

—Es mejor que me vaya.

—Está bien, Lara. Voy a sacar el coche del garaje.

Jimmy tomó aquel vaso de agua. Todavía le quedaban, por lo visto, resquicios de sed.

Se lo llevó a la boca para beber el primer sorbo y cuando lo estaba haciendo salió su madre.

—¡Vamos, Jimmy! —dijo.

El pequeño tuvo un sobresalto, tal vez por aquello de la conciencia infantil cuando coge algo que no es suyo y soltó el vaso. Cayó al suelo y... naturalmente, se rompió.

—¡Ves lo que has hecho! —exclamó Lara.

—Pero, mamá...

—No tiene importancia. Mañana viene la asistenta y lo limpiará —dijo Alwyn.

—No. Lo sacaré yo misma. Anda. Y estate quieto de una vez.

—Tengo sueño —murmuró Jimmy.

Adams hubiera dicho que eran los primeros síntomas del efecto de la fórmula aplicada al agua.

—¿Sueño? Bueno... ya dormirás cuando lleguemos a casa.

—Hubieras tenido que darle un bocadillo, por lo menos —dijo Alwyn cuando Lara tomó la escoba para retirar los cristales.

Jimmy volvió a sentarse en el sillón y pareció que su sueño se hacía más acentuado.

Cinco minutos después, la familia estaba dispuesta para salir de la casa.

Jimmy se tambaleaba ligeramente, pero Alwyn le sujetó, murmurando:

—Te sentarás a mi lado, ¿eh? Será como si tú mismo condujeras. Verás qué divertido... Ya es de noche, ¡fíjate! Las luces brillan. Pasaremos por el centro.

Jimmy no hacía mucho caso. Cuando se sentó entre su tío y su madre en la delantera del amplio y confortable automóvil, apoyó instintivamente su cabeza contra el hombro de Lara.

Alwyn puso en marcha el motor y seguidamente se alejaron.

El trayecto, saliendo de la zona tranquila de la urbanización, se complicaba con el tráfico.

Alwyn, conocedor del terreno, buscó las calles más idóneas para salir a la Freeway.

Tardó diez minutos en conseguirlo.

La vía rápida estaba bastante concurrida a pesar de la hora.

—La gente cada vez se retira más tarde —murmuró avanzando por la izquierda a los automóviles más lentos.

Cuando se acercaron al centro tomó el desvío para meterse de nuevo en la ciudad.

—Cruzaremos por Sunset, ¿eh?

Pero el muchacho, en el último cuarto de hora ya no mostraba más deseos que de dormir.

—Bueno, no es para tanto, hijo. ¡No estás tan cansado! —exclamó Lara.

—Todo el día correteando, no es extraño que tenga sueño... —

sonrió Alwyn.

Estaban en la ciudad. El pequeño ni siquiera abrió los ojos. Lara le tocó instintivamente la frente.

—Parece que esté un poco caliente.

—Bueno... el sueño da esto a veces...

—¡Sólo faltaría que cogiera fiebre!

—Estamos casi en verano. Hace buen tiempo. No ha podido resfriarse. Son cosas de chicos, ya verás.

—Mejor que lleguemos a casa lo antes posible —repuso ella.

—Como quieras. —Y viró de nuevo en busca de la calle transversal que había de acercarles al barrio de Lara, en el extremo oeste de la ciudad.

Al cabo de veinticinco minutos detenía el automóvil frente a la casa.

La vivienda de su cuñada estaba en el tercer piso. No había ascensor y a Jimmy fue necesario subirlo en brazos, porque no fue posible despertarlo por completo.

En aquellos momentos, y para un cálculo minucioso el muchacho hacía treinta y cinco minutos que había tomado el vaso de agua.

Alwyn entró y puso en su cama al chico.

—¿No crees que esto es muy extraño? —preguntó Lara.

—Es sueño... Desnúdale y acuéstale. Verás qué bien se encuentra mañana.

—¿Sin cenar ni nada? No sé...

—No te preocupes.

—Me alegro que estés aquí, Alwyn. No sé, pero esto me da mala impresión.

—Eres demasiado aprensiva.

Lara desapareció hacia la habitación de Jimmy, que desnudó para acostar.

Le dio las buenas noches y el pequeño pudo devolver, casi de un modo inconsciente, el beso que dio su madre.

Lara salió preocupada de la habitación.

—No sé... No sé... —murmuró.

—Lara, te preocupas demasiado.

—¡Tú no tienes hijos! —espetó ella casi como un reproche.

—No, desde luego, pero... ¡Oh, Lara! Trata de calmarte —

sonrió Alwyn, intentando animarla ante la actitud triste de la mujer —. Llevas una vida agobiada. Anda. Tómame algo. ¿Tú bebes? Yo no, pero si es necesario te acompañaré.

—No, no. Ya se me pasará. Tienes razón, Jimmy tenía sueño. Anda, vete, no quiero robar tus horas libres.

—No son libres, siempre tengo algo que hacer, pero esta noche también tengo un poco de sueño, pero me quedaré aquí un rato ¡Anda! Prepárate la cena. Ya es hora.

—Insisto en que te vayas. No te preocupes por mí, si no hubiera ido a tu casa todo esto no lo sabrías.

Paseaba nerviosa. Él se resistía a marchar. Así transcurrieron algunos minutos. Alwyn tomó un vaso de agua. ¡Aquella sí era pura!

Lara volvió a entrar en la habitación.

—Tal vez sea manía, pero encuentro que Jimmy tiene el respirar alterado...

Era el minuto cuarenta y dos a partir del momento en que había tomado el vaso de agua.

—Iré a ver —murmuró él.

Le tomó el pulso y lo notó irregular.

—Bueno. Yo no entiendo muchos de pequeños...

Se quedó definitivamente al ver la intranquilidad de su cuñada.

Otros cinco minutos que parecieron eternos. Lara entraba y salía de la habitación.

Cuando se cumplían los cincuenta y cuatro minutos desde la ingestión del agua, Lara quiso despertar a su hijo.

Jimmy roncaba de una forma fácilmente confundible con la agonía.

—¡Cielo santo! Debo avisar a un médico.

—No tiene fiebre, pero si lo crees necesario... Dame el número de teléfono. Yo llamaré —repuso Alwyn.

El médico de urgencia tardó veinte minutos en llegar.

* * *

Lara no osaba respirar. Alwyn había agravado su rostro, mientras el doctor tomaba el pulso al pequeño.

Lo soltó.

—¿Qué ha tomado? —preguntó.

—Nada. No ha cenado siquiera... Desde la hora de comer... A

no ser que en el colegio... Pero no... No le dejan comer nada.

—¿Sabe qué ha comido al mediodía?

—Un bocadillo, supongo. Come en el colegio con todos los demás muchachos.

—Ya...

—¿No le compraste nada antes de venir a casa? —preguntó Alwyn a su cuñada.

—No, no. Ya te dije que habíamos tomado el autobús.

—En casa solo bebió agua.

—¿Agua? —inquirió el médico.

—Sí. Purificada. Tengo un pequeño depósito que se renueva todos los días.

—Agua... —repitió el médico—. Bueno, eso no tiene importancia.

—Pero, ¿qué pasa doctor? —increpó Lara.

—Señora... —hizo una pausa, tomó de nuevo el pulso del chiquillo y tras un angustioso minuto murmuró—: No hay ninguna duda. Su hijo... ha muerto.

El grito de Lara fue el que soltaría cualquier madre en las mismas circunstancias.

Alwyn la acogió en su pecho.

En aquellos momentos no valían las palabras y el hombre dejó que su cuñada llorara para desahogarse.

—No es posible, no es posible —replicaba ella tragándose las lágrimas que fluían de sus ojos.

* * *

El médico examinó el historial clínico del pequeño. Era la cartulina que contenía las enfermedades que había sufrido, los síndromes, las pequeñeces normales de todo pequeño.

Estaba anotado también el hecho de que su padre, Frank Scotch, muriera víctima de un ataque cardíaco.

También constaba en la ficha del muchacho una ligera insuficiencia de la víscera cardíaca.

—Veo —murmuró el médico— que el último reconocimiento tuvo lugar hace un año. Tal vez habría sido posible... Bueno, ¡quién sabe! Nunca se puede asegurar. Me gustaría ver a su médico de

cabecera, quiero conocer su opinión. Hay que extender un certificado...

—¿Es que la muerte de mi hijo no la considera natural? —inquirió Lara entrecortadamente.

—Completamente, señora. Pero no estaría de más tener una consulta, ¿comprende?

—Llamaremos al médico —murmuró Alwyn.

Media hora después y tras una breve conversación entre los dos doctores se extendió el certificado de defunción del pequeño Jimmy Scotch.

CAPÍTULO VII

El entierro del pequeño Jimmy tuvo lugar a la mañana siguiente, tras los trámites de rigor.

Alwyn permaneció al lado de su cuñada, desde el regreso del cementerio hasta primeras horas de la tarde.

Él había telefoneado previamente al laboratorio excusando su ausencia.

Eran las tres de la tarde cuando salió de la casa de Lara.

—Ahora ya nada nos une... —musitó ella al despedirse.

—No digas eso. Al contrario, Lara. Ahora es cuando más quisiera ayudarte.

Se marchó. Ella cerró la puerta y se quedó sola, orando su pena.

Alwyn no tenía ningunas ganas de ir al laboratorio, además era ya tarde.

Condujo el coche sin dirección prefijada, luego casi sin querer se encontró en las proximidades de su lugar de trabajo. Entró en el bar que solía ir a tomar el bocadillo del mediodía y llamó por teléfono.

—El profesor Goddard. Soy Alwyn Scotch —dijo, censando que necesitaba hablar con alguien.

—No. No se encontraba muy bien y ha salido hace un rato —repuso la voz de Molly—. ¿Cómo estás, Alwyn?

—Yo bien, Molly...

Molly llegó después, apenas veinte minutos de la llamada de Alwyn. Entró en el bar. Él le había dicho previamente desde donde llamaba y la joven quiso estar a su lado.

Lara tenía razón al decir que Molly le miraba con ojos tiernos.

Él le contó lo sucedido.

Después, al cabo de unos cuantos minutos, regresaron juntos. Molly insistió en acompañarle.

La casa de Alwyn estaba impecable, la mano de la asistente se notaba.

Aquella mañana, como de costumbre, la mujer había vaciado el depósito del agua purificada. Todo estaba en su sitio. Y había una nota:

«Señor Scotch, he encontrado un fragmente de vaso debajo del sillón. Yo no lo he roto. Estaba aquí y no estaba la última vez que limpié su casa, es decir, anteayer...»

Firmaba tan malamente como su redacción: Marie.

—Es muy meticulosa tu asistente —sonrió Molly.

—Sí. Sí, lo es. Una buena mujer. En cuanto a ese vaso... lo rompió el pobre Jimmy.

—Bueno, no pienses más en ello. Es dolorosa la muerte y más en un chico de esa edad, pero tú nada puedes hacer.

—Ya lo sé, Molly. Pero a veces pienso que les he tenido abandonados. Estas cosas se recuerdan más cuando ocurren tragedias como la de ahora.

—Aunque hubieses sido el padre no lo hubieras podido evitar. ¡Vamos! Voy a prepararte la cena. ¿Me invitas?

—¿Por qué no? Pero yo no tengo mucho apetito.

—Olvidalo todo ahora. A tu cuñada, incluso. A menos que te interese de un modo especial.

El joven volvió los ojos hacia Molly y permaneció en silencio por espacio de medio minuto.

Ella bajó la mirada.

—Molly —murmuró Alwyn levantándose—, mi cuñada es una mujer atractiva... Era cinco años más joven Frank cuando se casaron... Casi una niña; una niña encantadora, pero yo la respeté siempre... Quiero decir que al principio por ser la esposa de Frank, aunque fuéramos ella y yo de la misma edad la consideraba como... una hermana mayor. Lo consideras una estupidez, pero yo pensaba así... Luego, cuando murió mi hermano y ella quedó sola, a veces pensaba decirle que viniera a esta casa, yo la había inaugurado recientemente. Era mucho más saludable para el chico. Y estaba seguro de que ella hubiese aceptado, pero siempre veía ante mí una especie de barrera... invisible, algo que me decía: «No, Alwyn... Tu hermano la adoraba... La gente puede murmurar si vivís juntos».

—¿La quieres? —inquirió Molly comprensiva.

—No lo sé. Sólo puedo decirte que me atrae, pero pienso que no es amor. Es... el lazo familiar. La cuñada a quien se quiere porque ha sabido ganar el cariño de un hermano.

—Creo que te comprendo.

—¿De veras?

—Sí. Y si no fuera ese lazo...

—Sería distinto.

—Pero de hecho no existe ningún lazo.

—Creo que siempre existirá, Molly. Tal vez no. Nunca he querido comprobarlo.

—Ella podría casarse con otro.

—Y yo lo aprobaría. Lo merece, ¿sabes?

—Alwyn... Tu problema puede que sea tu excesiva caballerosidad... Tu afán de ayudar a los demás... Tu bondad.

—¡Oh! Yo no soy ni bueno ni malo.

Ella se aproximó. Alwyn se había levantado. Quedaron los dos mirándose a los ojos.

—Si pudiera hacer algo por ti —musitó ella en un susurro.

Él la miró fijamente, largamente, casi como si por primera vez descubriera su existencia.

«En esto las mujeres nunca nos equivocamos», pensó, recordando las palabras de Lara del día anterior cuando se refirió a Molly.

Instintivamente avanzó su rostro hacia ella. La muchacha no se movió.

Pero aquella intimidad era violada por unos anteojos.

Los anteojos de Gerard Adams, que desde la casa de enfrente era testigo de la escena.

Gerard, el inventor de aquella extraña pócima que ya se había cobrado su primera víctima, dejó de observar y cerró los puños en un gesto instintivo. Se serenó de nuevo y se dejó caer en una de las butacas del salón, jugueteando con los prismáticos.

* * *

Habían transcurrido dos horas.

Molly salía de la casa. La despedida fue propia de dos enamorados. Se besaron.

—Te acompañaré —susurró él.

—No, no lo hagas. Todavía es temprano. Tomaré el autobús. Quiero pasear ahora. Sola... ¿Comprendes;

Él pensó que Molly tal vez necesitara pensar. Aquellos besos debían de haber significado mucho para ella, quizá tanto como para él.

—No, no quiero que te marches así, no es lógico. No es correcto —insistió Alwyn.

La acompañó.

Ambos pasearon por la acera camino de la parada del autobús.

La noche era clara, agradable, y el aroma de los jardines llegaba hasta ellos. Podían olfatear la fragancia de las flores, el perfume nocturno de los jardines recién regados.

Caminaron en silencio bajo las luces de la calle.

* * *

Gerard Adams se quitó las fundas de los zapatos y tuvo cuidado en limpiar el piso de la casa antes de abandonarlo por la puerta trasera, como era su costumbre.

En su cronómetro habían ya transcurrido cincuenta cinco minutos desde que Alwyn y Molly dejaron la casa.

Dio la vuelta por un paso de nadie entre dos jardines, para salir a la calle de Alwyn y por allí avanzó hacia la esquina.

Aguardó. Tuvo suerte porque el joven no tardó en aparecer. La luz de un farol se posó sobre el rostro de Alwyn, que se detuvo un instante para abrocharse el cordón de un zapato.

Gerard, con su mejor sonrisa, le salió al encuentro.

—¡Alwyn! ¡Creí que había hecho el viaje inútilmente!

—¡Hola, Gerard! ¿Has estado en casa?

—De allí vengo... Bueno, no he hecho el viaje a propósito ni mucho menos... Tenía que visitar a un cliente y me dije... ¡Es verdad que por aquí vive tu viejo amigo Alwyn! Y decidí acercarme. Al principio temí haber olvidado las señas, luego al llamar y ver que no contestabas... ¡Oh! Pero todo esto son minucias... ¿Qué es de tu vida?

—No puedo darte buenas noticias. Esta mañana ha muerto un sobrino mío. El único... Era hijo de Frank. Tú ya conociste a mi

hermano.

—¡Claro que sí! Pero, ¿qué me dices? Bueno, son cosas de la vida. ¿Cuántos años tenía tu sobrino?

—¡Ocho!

—¿Y de qué murió? —preguntó poniendo toda su intención en la pregunta.

—Bueno. Parece ser que fue cosa del corazón.

—¡Ya ves! Tan niño...

—Sí. Es lo que pensé.

—Así anoche, ¿no estuviste en casa?

—Sí, estuve. Luego acompañé a mi cuñada... Pero vamos... Tomaremos algo. Yo no bebo, pero creo que encontraré alguna botella. Siempre guardo alguna.

—¡Oh no quiero molestarte! Además, estoy cerca de donde aparqué el coche. Nunca lo dejo delante de dónde voy. Es una buena excusa para estirar las piernas. Así no se anquilosan. Pero si quieres podemos ir a cualquier bar.

Alwyn se encogió de hombros.

—No quiero forzarte a ello, desde luego.

—Tienes razón, Gerard. Hoy es uno de esos días que me conviene un trago.

—¡No me digas! Tú siempre has bebido agua.

—No siempre. Y hoy es una de las veces que me apetece algo más fuerte que el agua.

Gerard Adams le miró medio sorprendido, pero no hizo el menor comentario.

Cinco minutos más tarde se hallaban sentados en la mesa de un bar en la entrada de la urbanización.

Era un local moderno, con escasa luz y algunas muchas de comportamiento propicio a la duda se hallaban o en la barra u ocupando otras mesas.

Alwyn pidió dos *whiskys*.

Una de aquellas jóvenes de exigua y celida falda pasó cimbreadose.

Gerard Adams la observó con una sonrisa, pero optó para volverse hacia su amigo.

—¿No te importa beber conmigo? —inquirió.

—¿Por qué habría de importarme? —fue la respuesta de

Adams.

El camarero les sirvió la bebida.

—¿Hielo, agua, soda? —inquirió.

—Hielo, gracias —repuso Alwyn.

—Tal como está —contestó Adams—. A mí el *whisky* me gusta como las mujeres, al natural.

Enseguida varió de tema y comentó:

—Es reconfortante que no me guardes ningún rencor... De veras.

—¿Por qué tenía que guardarte rencor? Aquello ya pasó, Gerard.

—Bueno. Reconozco que entonces obré mal, pero...

—No hablemos del pasado. Dije entonces que era mejor olvidarlo, ¿eh?

—Sí, Alwyn... Tú siempre has tenido un sentido estricto de las cosas. Has sabido cortar y olvidar. Para muchos esto es difícil. En fin... Háblame de tu sobrino. Es verdaderamente impresionante. Comprendo tu estado de ánimo. ¿De veras fue del corazón?

—Murió durmiendo —repuso Alwyn como si hablara consigo mismo. Recordaba la escena.

—¿Durmiendo? ¿A qué hora?

—No sé. No recuerdo exactamente.

—Dijiste que había estado en tu casa, ¿verdad?

—Sí. Vino mi cuñada con Jimmy. Estuvieron un rato y yo les acompañé.

—¿Cenasteis juntos? —inquirió Gerard.

—No, no. Mi cuñada insistió en regresar.

—¿Y cuándo se encontró mal el pequeño?

—No se encontró mal. Le entró sueño apenas salió de casa. Lara le metió en la cama y ya no despertó. Esto es todo.

—¿Comió algo en tu casa?

—No, no... No comió nada.

—A lo mejor una bebida en malas condiciones. Ahora empieza el buen tiempo y ya sabes, los chicos...

Gerard evidentemente quería saber.

—Creo que no. Su madre se lo tenía prohibido. Lo único que yo sepa que bebió fue agua.

—¡Oh! El agua no hace daño a nadie. Excepto a los

borrachos —rió para ponerse grave otra vez—. Perdona. No he querido hacer ninguna gracia. Pero me apena. De veras que me apena la muerte de ese chico Yo no le conocía, pero es sobrino tuyo y esto me basta.

Consultó la hora y murmuró:

—Perdona, tengo que hacer una llamada telefónica. De repente me he acordado de que alguien espera que le diga... bueno, son asuntos de negocios.

—Claro, hombre. Ve.

Poco después, en la cabina a prueba de ruidos del moderno bar, Gerard Adams llamaba a un precinto policial de Los Ángeles.

—Póngame con el agente Bradley... Sí. Sé que está de servicio.

Aguardó medio minuto. Bradley contestó al otro lado del hilo.

—¿Quién es?

—Adams... Ya habrá observado que el periódico no ha traído ninguna noticia especial... Bueno. En este momento estoy hablando con nuestro común amigo.

—¿Eh?

—Venga a verme mañana. Este asunto continúa.

—Pero... —intentó protestar Bradley.

—Esto no ha terminado, amigo mío. La cosa sigue en pie... Adiós. Ya sabe dónde encontrarme. A mediodía. No lo olvide. En la División del FBI.

Y colgó, sin dar opción a que Bradley pudiera replicar.

En la mente de Gerard Adams seguía vigente el plan de eliminar a Alwyn Scotch, que ajeno a lo que se trababa contra él, seguía sentado en la mesa del bar.

CAPÍTULO VIII

—¡No, no y no! —exclamó el policía Bradley en la mismísima puerta de la División del FBI en Los Ángeles.

Adams le condujo amigablemente hasta su coche, que había dejado en el gran aparcamiento cerca del edificio. Le hizo subir y puso el motor en marcha sin pronunciar palabra hasta que el auto rodaba ya por la avenida.

—Bradley, no quiero recordarle cosas desagradables... Lo que hemos hecho y nada es lo mismo... Borrón y cuenta nueva. Así que hay que volver a empezar.

—Es demasiado arriesgado.

—No hay ningún riesgo. Ha muerto un niño. Han certificado fallecimiento natural. Esto prueba que mi teoría es buena. Yo ya lo sabía, pero usted necesita ejemplos. Ya tiene uno.

—Tengo que volver a la casa, meter el veneno en el agua. No, no... Una vez sale bien, pero dos...

—¿Se le ocurre una idea mejor para matar a un hombre sin dejar pruebas de violencia? —preguntó tranquilamente Gerard.

—No sé... Esto no es lo mío.

—Por dinero usted ha sido capaz de muchas cosas...

—¡No empecemos, Adams!

—Usted lo quiere... Hablando sin rodeos, amigo mío. Alwyn Scotch tiene que morir. Es preciso que muera. ¿Lo entiende? Y tiene que ser de una forma que parezca absolutamente natural.

—Un accidente... Cada día ocurren docenas de accidentes...

—No estaría bien que un policía atropellara, por ejemplo, a un viandante... o que estrellara su coche contra el de otro ciudadano.

—Pero, ¿por qué tengo que ser yo? —Y ante el silencio de su interlocutor, Bradley murmuró—: Comprendo. Usted me tiene cogido. Sabe que tengo familia. Si me expulsan del cuerpo me

costará encontrar algún trabajo decente. ¡Maldita sea! ¡Todo por una debilidad! Algo que tuve que hacer... Si no hubiese aceptado soborno mi vida corría peligro. Y la necesito, ¿comprende? Necesito vivir para mantener a mi familia. ¡El FBI no puede pedirme esto!

—Oficialmente, no. Pero extraoficialmente, sí.

—¿Siempre utilizan esos recursos?

—No se le ocurra preguntarlo porque se lo negarían, pero si quiere hacerlo, vaya... Hable con el primer inspector Matews. A él le gustará escucharle...

—Matews, Adams... ¡Maldita sea! Si no tuviera mujer y un hijo le denunciaría. ¡Palabra! No me importarían las consecuencias...

—Si no tuviera familia no se lo habría pedido, Bradley. Ahora va a cobrar mil dólares por su trabajo. El Estado le paga mil dólares. Yo, naturalmente, no tezo una suma así para poder regalar. —Como siempre, la voz de Adams sonaba suave, tranquila, como si hablara de lo más trascendental. De la cosa más simple.

—El Estado... El Estado asesina así... No. Esto no lo creo.

—Lo que usted crea, no importa Bradley, Lo que sí importa es lo que tiene que hacer. Como si se tratara de algo... por su nación, por su patria.

—Pero si ese Alwyn Scotch es un mal bicho, ¿por qué diablos no le detienen y le procesan?

—No siempre se puede obrar abiertamente en un país como el nuestro. Tenemos tantas leyes que hasta los peores delincuentes se aprovechan de ellas. No, Bradley. Hay casos que, aunque duela, no se puede obrar de otra manera. ¡Por América, Bradley! ¡Por nuestra patria!

* * *

—¿Y tiene que ser hoy precisamente? —preguntó el policía a Adams.

Estaban nuevamente en la casa de enfrente, el número 221, de la quinta manzana. En la urbanización del parque de Arroyo Seco.

—Mañana le toca de nuevo venir a la mujer de la limpieza. Es viernes. Es necesario que Alwyn tome su vaso de agua esta noche.

—Pero si ya ha muerto ese chico...

—No murió aquí. Nadie sospecha del agua. Además, la familia

tiene un mal hereditario relativo al corazón. No van a extrañarse... ¡Vamos, Bradley! Ahora mismo. Yo estaré aquí. Dese prisa.

El policía salió de la casa, desenfundóse aquellos... gruesos «guantes» que cubrían los zapatos. Dio la vuelta para dirigirse a la residencia de Alwyn Scotch.

Cruzó la calle y entró en la casa con la llave de Adams, sin dificultad alguna.

Vertió el veneno en la bombona de agua pura y transparente, y volvió a salir sin que cruzara nadie por la calle.

Dio la vuelta y entró por la parte trasera de la casa donde seguía Adams aguardándole.

—Las fundas —le advirtió al ver que el policía iba a meterse sin ninguna clase de cuidado.

Obedeció Bradley y al entrar espetó:

—Ya está. Más rápido, imposible.

—Es usted hábil, amigo.

—Pero conste que es la última vez, me desentiende de todo. ¿Está claro? Olvídese de mí.

—De acuerdo, Brad; de acuerdo... Vamos a brindar para que esta vez nada falle.

—¡A mí no me importa!

—¿No quiere su dinero, Brad?

—Bueno... Desde luego. Será una ayuda.

—Mañana, Brad, mañana. Le doy mi palabra que de un modo u otro se lo haré llegar.

—Sí. Pero si algo falla volverá a llamarme. Y le digo que...

—No se enfurezca.

—Pues págueme ahora. ¡Maldita sea!

—No maldiga, Bradley. Ande. Ya verá cómo cuando sepa la verdad se sentirá casi un héroe... ¿Brindamos? —Y sin esperar respuesta, Adams fue hacia un armario que abrió y extrajo una botella a medias.

Luego añadió:

—Whisky escocés. Un buen doble nos sentará bien a los dos.

—Cogió también un par de vasos y los llenó hasta la mitad—. Tome, Brad, beba y después váyase tranquilo, pase lo que pase. Usted cobrará. ¿De acuerdo?

—¿Habla en serio? ¡Oh! No he hecho esto por dinero... Ni sé

por qué me paga. Usted me ha hecho chantaje.

—Extraño chantajista que además paga... ¿No cree?

—Ya no sé qué creer.

Adams levantó el aso y brindó:

—Por el futuro.

—Sí. Por el futuro... y por los buenos ratos. Los malos cuestan de pasar.

Adams estuvo paladeando el rubio *whisky*, en tanto policía lo tomó de un trago.

—¿Puedo marcharme? —inquirió.

—Desde luego. ¿A qué hora entra de servicio?

—A las cuatro. Ya le dije que es mi turno durante esta semana. Hasta la noche tengo que estar allí o adonde me manden.

—¿Cuánto tiempo necesita para llegar al puesto?

—Bueno... desde aquí, y con la motocicleta, cuestión de veinte minutos.

—Tiene tiempo. ¿Por qué no se sienta y charlamos?

—¿Aquí?

—¿Por qué no?... Cinco minutos, diez. No llegará tarde.

—¿De qué quiere hablar? Mire, Adams, disculpe, usted sabrá por qué hace todo esto, pero a mí de veras que me fastidia. Si algo sucediera, ¿quién me iba a proteger, usted?

—Usted y yo no nos conocemos. Este es el trato.

—Precisamente. De esto me quejo. ¿Quién iría a creermelo? ¡Oh, pero le advierto que yo hablaría! Aunque sea por mi patria. ¿Qué sé yo de todo este tinglado?

—Su punto de vista es muy razonable, Brad... —Consultó su reloj y murmuró—: Bueno, hágame un favor, ¿quiere limpiar ese par de vasos?

—¿Sabe que le digo, Adams? ¡Váyase al cuerno!

Y Bradley tomó el camino de la puerta trasera. Adams sonrió divertido y siguiéndole murmuró:

—Adiós, Brad, y cuando le entre sueño, aprovéchelo, sueñe felizmente. Todo irá bien y le aseguro que no volverá a tener ninguna preocupación en su vida. De veras, Brad. Usted me ha hecho un gran servicio y nunca olvido los grandes servicios...

Refunfuñando algo ininteligible, el policía salió de la casa.

Adams volvió a consultar el reloj. Hizo unos cálculos mentales

y se dispuso a limpiarlo todo.

Faltaba todavía algún tiempo para que Alwyn regresara.

Imaginó la bombona de agua, tan pura, tan incolora como siempre... pero con aquel veneno que esa vez no podía fallar. No podía fallar...

CAPÍTULO IX

El policía Bradley dio gas a la moto. No tenía ninguna prisa porque todavía era pronto para entrar en servicio, pero algo le impulsaba a alejarse de aquella organización. Para él era como una pesadilla.

El motor de la máquina zumbaba bajo el asiento, con la mirada fija al frente, Bradley conducía con su habitual maestría.

Notó un peso en la cabeza, como si un incipiente sueño le invitara al descanso.

Trató de sobreponerse y continuó la ruta.

Le faltaba un buen trecho para llegar al puesto policial.

Se detuvo con la necesidad de tomar algo, tal vez un buen café.

En principio había atribuido su incipiente sueño, a la tensión vivida en los últimos días, desde que recibió el encargo y la amenaza de Adams. Encargo de verter el veneno y la amenaza de descubrir ciertas irregularidades si no lo cumplía. Luego las noches de insomnio pensando en que una persona iba a morir, y por fin la última tentativa. Era una tensión suficiente para que los nervios llegaran a traicionarle o acaso le vencieran...

Entró en un bar y pidió un café. Consultó el reloj. Le quedaba casi una hora.

Mientras le servían la infusión fue al lavabo y se refrescó.

Regresó al cabo de cinco minutos y tomó el café caliente todavía. Luego se dijo a sí mismo que se encontraba mucho mejor, pero aún permaneció un poco más en el bar. Alguien había puesto música en un electrófono automático de alta fidelidad.

Notó que aquella música estridente, carente de melodía, le sacaba de quicio como casi siempre. Y hasta le abatía. Optó por salir a la calle, tomar de nuevo su motocicleta y continuar hasta el puesto de policía.

Sin saber cómo dio un traspiés, como si hubiese tropezado,

pero no había sido así, sino que todo se debía a un fallo corporal. Algo que nunca le había ocurrido.

Montó sobre la máquina y sintió más latente aquella sensación de pesadez, de sueño. Los ojos casi se cerraban involuntariamente.

Quiso sacudirse de tal actitud moviendo la cabeza, pero se dio cuenta de que aquello era completamente anormal.

Sin saber cómo ni por qué acudieron en su memoria las palabras de despedida de Gerard Adams:

«Y cuando le entre sueño, aprovéchelo. Duerma felizmente...»

Se preguntó que por qué demonios se le había ocurrido esto y recordó otras palabras, también dichas por Adams en el mismo momento:

«Le aseguro que no volverá a tener ninguna otra preocupación en su vida».

¿Por qué le había dicho esto Adams?

En aquellos momentos ni siquiera lo pensó. Ni prestó atención en las palabras. Fueron frases que se oyen sin escuchar, pero que quedan grabadas en alguna parte del subconsciente.

Y aquella pesadez continuaba. Aquel sueño.

—¡Santo cielo! —clamó de pronto.

Las frases repiquetearon con mayor fuerza en su mente. Casi le aturdían.

«¡El sueño... El sueño!», se repitió para sí, y sin darse cuenta lo dijo en voz alta, casi gritando:

—¡El sueño!

¡Se estaba muriendo!

Eran los síntomas.

—¡Los síntomas!

Recordaba lo que le había dicho Adams al describir los efectos de su veneno.

Recordó también el *whisky* que había bebido invitado por el propio Adams antes de marchar...

«Y cuando le entre sueño, aprovéchelo... Duerma felizmente».

Aquella frase ahora cobraba un terrible significado.

«¡No volverá a tener ninguna otra preocupación en su vida...!»

Sólo una persona tan cínica como Adams pudo hacer dicho aquello a alguien que ya solo era un moribundo...

El policía se sintió peor.

Vio una cabina en la calle y ni siquiera halló las fuerzas necesarias para andar hacia allí.

Trató de sobreponerse. Calculó el tiempo. ¿Cuánto hacía que había salido de aquella casa? ¿Cuánto que había tomado, el maldito *whisky*?

No. No podía hacer tanto. Le quedaban todavía bastantes minutos... ¿Cuánto tardaba el efecto del veneno?

Bueno. No el efecto, sino el final.

Tenía tiempo. Tenía que tenerlo. Si iba a morir ya nada le importaba. Lo delataría. Explicaría a sus superiores todo aquel lío.

Jadeante por el mismo temor imposible de dominar cuando uno se sabe condenado irremisiblemente, avanzó hacia la cabina. Consiguió entrar en ella.

Los segundos corrían, el sudor perlaba su frente.

Y Bradley notaba por primera vez en su vida los latidos de su corazón. Antes no se había preocupado de escucharlos. Ahora sabía que cada uno de aquellos golpes que rebotaban en su pecho podía ser el último. ¡El último!

El sueño le vencía casi por completo a pesar de que intentaba dominarlo. Y cuando estableció contacto con el puesto apenas le salió la voz. Tartamudeaba, respiraba con dificultad, y aquel sueño, ... aquel sueño imposible de vencer...

—¿Quién es? ¡Hable! —repitió el sargento de guardia.

—Agente Bradley, señor...

Lo dijo con una voz apenas inteligible, comiéndose las palabras. El sargento no le entendió.

—¿Quién dice qué es?

Le costó ya un mayor esfuerzo volver a repetir su nombre.

—¿Eh? ¿Bradley? ¿Ha dicho Bradley? ¿De la brigada?

—Sí, sí, señor...

—No le entiendo, Bradley. ¿Le ocurre algo? ¿Desde dónde llama usted?

—Cerca de Post Street... En la entrada de la Freeway...

—¡No le entiendo! —espetó el sargento.

Y la verdad es que las palabras de Bradley sonaban confusas, incoherentes...

El sargento comentó con otro agente:

—Parece ser que es Bradley. Localice la llamada. No sé lo que

ocurre. Diría que está borracho... —Y volvió al teléfono para insistir —: ¡Vamos, Bradley! Le estoy escuchando. ¿Ha tenido algún accidente?

—Me han... me han envenenado... En-ve-ne-na-do...

—¿Qué diablos dices?

—En-ve-ne-na-do.

—Ha dicho envenenado, sargento —dijo el agente encargado de la centralita, al lado mismo del sargento te guardia.

—Sí. Eso me ha parecido.

—Busquen al agente Adams, del FBI. ¡Oiga, Bradley! —gritó el sargento—. No se mueva de dónde está. Vendremos a buscarle. Díganos exactamente el lugar.

—Post Street... En...

El sargento hizo una seña y por lo bajo ordenó:

—Que preparen un par de coches. ¿Está localizada esta llamada, Evans?

—No, señor, lo están intentando.

—¡Que se den prisa! ¡Bradley! ¿Me escucha?

—No tengo mucho tiempo, señor, el sueño me vence... Busquen al agente Adams..., quiere asesinar a Alwyn Scotch... Alwyn Scotch. Urba... ni... za... ción... Arroyo... Se... co.

Casi deletreaba las palabras. No podía más.

—¡Bradley! ¡Bradley! Apenas puedo entenderle... Haga un esfuerzo. Un esfuerzo, Bradley. ¿Dónde está?

—¡Post Street! Es una cabina pública —dijo el telefonista.

—Iremos por usted, Bradley. Voy a mantener el contacto. No cuelgue. Si puede hablar diga lo que sepa.

A través del hilo telefónico solo llegaba un jadeo.

Los servicios especiales de localización de llamadas de la policía trabajaban rápidamente en busca del emplazamiento de la cabina.

—¡Bradley! ¿Me escucha?

—Señor... Señor... Yo... no quería hacerlo. No quería poner el veneno.

—¿Veneno? ¿Poner el veneno? ¡Oiga, Bradley! ¿Me escucha?

—Y volviéndose al operador, el sargento exigió—: ¡Por todos los demonios! ¿Dónde diablos está esa cabina...? ¡Y ustedes! Diríjanse a Post Street, y recibirán instrucciones por radio.

Todo estaba en marcha, y el sargento continuaba a la escucha,

una escucha cada vez menos fructífera porque la voz de Bradley cuando hablaba lo hacía debilitándose por momentos.

Las sirenas de los coches policiales se abrían paso a través del tráfico de las calles.

¿Llegarían a tiempo?

CAPÍTULO X

De la declaración que pudiera realizar el policía Bradley dependía la vida de Alwyn Scotch, y la captura del asesino del pequeño e inocente Jimmy.

¿Valía tanto la vida de Scotch?

¿Qué interés podía tener un inspector de primera clase del FBI en matar a aquel hombre?

La policía desconocía no solo las respuestas, sino incluso las preguntas.

Los coches policiales, localizada la cabina, llegaron a tiempo de auxiliar a Bradley.

Fue necesaria una ambulancia para trasladarle al hospital.

Bradley falleció al poco rato de ser ingresado.

El teniente de la brigada acompañado del sargento interrogó al doctor.

—Bueno... Los síntomas son los normales en un ataque cardíaco. La agonía puede ser más corta o más larga. Tras la trombosis puede producirse el infarto y...

—De acuerdo, doctor —cortó el teniente—. Pero en este caso será necesario practicarle la autopsia. ¿Han avisado a su esposa?

El sargento negó con la cabeza.

—Bueno. No importa. Quiero oír otra vez esa cinta de la conversación telefónica. ¡Ah! Mandaremos a nuestro forense. Que le avisen.

—¿No quiere avisar primero a la mujer de Bradley, teniente? —inquirió el sargento.

—No.

—Pero la autopsia...

—Se ha hablado de veneno, ¿no? Pues hay que hacérsela. Desgraciadamente ya no puede volver a la vida. Bueno... Luego me ocuparé personalmente de avisar a la esposa. ¡Vamos!

Todo quedó en manos de los subordinados, y el teniente, junto con el sargento y el operador que en el momento trágico estuvo captando y localizando la llamada, escucharon una y otra vez la conversación que como todas había quedado grabada.

Mediante retoques, cambios de velocidad en el pase de la cinta y la repetida escucha de lo grabado, se pudieron sacar en limpio varias frases e incluso coordinarlas.

Media hora más tarde, alrededor de las seis ya, el teniente repasaba los apuntes con el sargento y dos agentes auxiliares de paisano.

—Bradley parece que intentó decirnos que le había envenenado un tal Adams del FBI. Esto suena un poco extraño, pero intentaremos averiguarlo. Es nuestra primera pista.

—Hum. No vamos a ser muy bien recibidos si pretende que nos metamos a investigar allí.

—No puede impedirnos que hablemos por lo menos con ese Adams —repuso el teniente y continuó con sus apuntes.

—Habló de Arroyo Seco y nombró a un tal Shot... o Scotch. Scotch es más probable. El nombre queda confuso. Es algo como Alan. Y repitió varias veces la palabra veneno, envenenado. Esto es lo que está más claro.

—¿No quiere esperar el resultado de la autopsia, teniente? —inquirió uno de los agentes.

—¿Cuánto tardarán?

—Bueno. No lo han dicho. Además, si tiene que pasar a toxicología, ya sabe...

—Digan que es urgente. No me gustaría meter la pata, aunque no creo que Bradley haya inventado todo esto.

El policía repasó de nuevo los apuntes y concluyó:

—Aquí parece que trate de acusarse. Dice bien claro: «Yo no quería hacerlo». —Bufó y espetó—: ¡Qué diablos es todo este lío!

El sargento negó con la cabeza.

—Bradley, en general, se portaba bien. Estaba propuesto para un ascenso.

—Bien, de momento llamaré a la División del FBI. Quiero saber qué hay de ese Adams. Sepamos al menos si existe.

Y el teniente pidió que le pusieran con el departamento Federal. Consultó el reloj. Eran las seis de la tarde.

Cuando obtuvo la comunicación se identificó:

—Teniente Green, de la Brigada 22. Quisiera hablar con el inspector Adams. Es un asunto particular.

—¿Adams? Un momento, señor. ¿Quién ha dicho que le llama?

—Teniente Green.

—Un momento.

Tras una breve espera, otra voz le respondió:

—El inspector Adams no está en este momento. Si quiere dejar algún recado se lo transmitiremos en la primera oportunidad.

—No, no. Déjelo. Volveré a llamarle. ¿Volverá por aquí?

—Espere un momento —el interlocutor del policía hizo una consulta ininteligible a través del hilo telefónico y enseguida volvió al aparato para informar—: No. Hoy no volverá. Puede llamar mañana por la mañana. A las ocho suele estar aquí. Hasta el mediodía.

—Está bien. Y en caso de necesitar... Bueno, quiero decir... ¡Nada, nada! ¡Olvídelo! —y el teniente colgó.

Seguro que no iban a darle su teléfono particular ni aunque les amenazara con un bazooka.

—Bueno. Estudiemos esto de Arroyo Seco. ¿Qué habrá querido decir?

* * *

Alwyn Scotch llevaba ya varios minutos en su casa. Se preparaba la cena como todos los días. Leía el periódico mientras en el horno se cocía su plato preparado.

Allí en la esquina, la bombona de agua, era como una espada de Damocles disfrazada de algo inofensivo y hasta necesario... Una espada que pendía simbólicamente de la cabeza del inquilino de la casa.

Y Alwyn no tenía la menor sospecha de lo que se había urdido en contra suya, ni de que la muerte de su sobrino hubiese sido un asesinato.

Y más lejos aún de sospechar de aquel antiguo compañero que había encontrado dos noches antes en la calle.

Tras la cena, Alwyn examinó unos papeles que se había traído del laboratorio. Era habitual en él dedicarse a las correcciones en su

propia casa.

No obstante, aquella tarde no podía concentrarse a su trabajo. Consultó el reloj cuando las manecillas marcaban las siete.

Dudó unos instantes, miró un par de veces al teléfono y al fin optó por llamar. Buscó un número en el bloc particular y marcó.

Esperó a que una voz femenina contestara al otro lado. Era Molly.

—¿Estás haciendo algo importante?

—Acabo de cenar. Iba a ver un poco la televisión —replicó ella, con voz alegre por la inesperada pero a la vez deseada llamada.

—¿Puedo verte? Me gustaría ir a alguna parte... no te importa.

—Oh, pues no tengo inconveniente.

—Entonces pasaré a buscarte. Procuraré estar aquí en veinte minutos.

—Es suficiente para que me vista —repuso ella, y colgó.

Iba vestida ya, pero quería ponerse algo más elegante. Le gustaba ir al lado de Alwyn. No podía negarlo.

* * *

Entretanto, la policía no permanecía inactiva. El teniente Green, de la Brigada 22, se encontraba ya en la urbanización del parque de Arroyo Seco.

—Bueno... Lo más sensato es preguntar en las oficinas de la urbanización —había dicho.

Pero las oficinas estaban cerradas. Y el teniente optó por distribuir a sus hombres.

—En la guía telefónica hay media docena de nombres que responden por Scotch. Aquí están las señas. Hay que preguntar casa por casa.

Esto sucedía a las siete de la tarde y lo que los agentes podían preguntar a cada uno de los Scotch era muy poco. En primer lugar si conocían a un agente de policía llamado Bradley. En segundos lugar si se sabían amenazados por alguien o tenían alguna leve sospecha. Pero había que obrar con mucho tacto.

El teniente se quedó con el sargento, con el que comentó:

—Corremos el riesgo de que Bradley hubiera querido decir otra cosa...

—Sin embargo —repuso el subordinado de la metropolitana—, por otra parte pareció querer indicarnos que ese Scotch corría inminente peligro.

—Llame a la central. Quiero saber qué hay de esa autopsia.

El sargento hizo un gesto como queriendo indicar que era temprano todavía.

Estableció contacto y tras una corta escucha colgó.

—Bueno. Se han dado prisa —sonrió.

—¿Y qué?

—De momento, nada. La muerte parece natural. Ahora tendrán que intervenir los de toxicología. Estoy seguro que creen que somos unos maniáticos.

—No me importa lo que crean.

—Teniente. Creo que la clave de todo esto está en Adams.

—Sí. Yo también. ¡Vamos! Mientras los chicos buscan, iremos a la División.

—¿A estas horas?

—Si hay algo de verdad en todo este asunto, alguien corre peligro... Ya sé que parece una estupidez interesarse por la suerte que pueda correr un ser humano.

En nuestros días la vida parece que carece de valor... Pero yo tengo mis puntos de vista. Nos pagan para proteger a la sociedad. Pues. Es lo que hacemos.

Llamó a un agente que había quedado en la esquina y le indicó hacia dónde iba.

—Si descubren algo comuníquenlo a través de la central por el teléfono del coche.

—Sí, teniente.

El sargento puso en marcha el coche hacia la División del FBI.

—Estas cosas se resuelven mejor personalmente... —murmuró mientras el coche dejaba oír la sirena.

* * *

Entretanto, Alwyn se había reunido ya con Molly y conducía el coche que por un azar se cruzó con el de la policía en una calle del centro cerca de Elysian Park.

—¿Quieres que tomemos algo? ¿Te apetece ir al cine?

—¿Sabes lo que me gustaría? —inquirió ella.

—No.

—Bailar. Hace siglos que no voy... Debo volverme vieja, pero en según qué sitios la música me aturde.

—Bueno, hay otros donde se puede bailar y escuchar la música a la vez. No creas que yo salga mucho, pero... probaremos —y viró hacia Beverly Hills para cruzarla por un ramal de la 66 Freeway.

* * *

A la misma hora, el teniente hablaba con un inspector de servicio en la División del FBI.

—Escuche, Lenon. Usted me conoce. No molestaría a ninguno de sus intocables colegas si no se tratara de un asunto importante.

—¿Y por qué no me dice de qué se trata? —replicó, el del FBI.

—Puede haber un asesinato. No estamos seguros. ¿Le basta esto?

—Bueno, Green... No quiero aguarle la fiesta. Ya le he dicho que espere a mañana, pero puesto que insiste... Generalmente no damos las señas de ningún colega. Ya sabe. Es la norma.

—¿Qué norma? Algunas veces alguno de sus colegas incluyéndole a usted mismo... Le he visto por la División, ¿no?

—Bueno, si va a sacar a relucir pequeños favores... Aguce los oídos. Las señas son Virginia Street 103. Al sur de Olympic Boulevard.

—Gracias, viejo fanfarrón.

Y el policía salió rápidamente. Fuero, al volante del coche, le esperaba el sargento, que se limitó a preguntar:

—¿Qué?

—Olympic Boulevard, baja por Rodeo Drive, vamos a Virginia Street. El 103 debe caer más o menos entre Camden y Peak.

—De acuerdo. ¿Pongo la sirena?

—Sí. Nos importa ir aprisa. No sé por qué, tengo la sensación de que en este asunto la rapidez puede ser vital... La muerte de Bradley en esas circunstancias...

* * *

Alwyn y Molly bailaban en uno de esos sitios que todavía es posible encontrar en Los Ángeles. Luces suaves, música «camp» mezclada con modernas canciones de corte melódico y un ambiente acogedor.

El peligro para Alwyn momentáneamente se había alejado, pero... ¿Qué ocurriría cuando regresara a su casa?

Porque en aquellos momentos los agentes que visitaran a los Scotch en la urbanización todavía no habían conseguido sacar nada en claro.

Dos de los que buscaban estaban ausentes, y uno de ellos era el propio Alwyn, en cuya quinta manzana de la calle que cruzaba transversalmente la urbanización el resto de las viviendas parecían deshabitadas, o por lo menos no había ningún inquilino en ellas, ya que las luces permanecían apagadas y la única iluminación estaba en la calle.

Y los agentes se dirigieron hacia las otras señas. Les faltaba todavía visitar a otro de los Scotch de la lista.

—Hum. Me parece que estamos perdiendo el tiempo —murmuró uno.

—Bueno, algo hay que hacer —contestó el compañero.

Y en la tranquila *boîte*, Alwyn seguía bailando.

—Esta mañana he intentado ver a mi cuñada, pero había vuelto al trabajo.

—Sigues pensando en esto, ¿eh?

—Bueno. No puedo evitarlo. Tengo la sensación de que todo empezó en mi casa. Y así, fue en efecto. Allí Jimmy casi se durmió. Yo creía que era cosa natural.

—¿Tiene algo que ver el sueño?

—No lo sé.

—¿Qué dijo el médico?

—Nada.

—¡Oh, Alwyn! No te atormentes.

—Perdona. Temo que no soy un buen anfitrión.

Extraños en la noche interpretaba un *crooner* de voz grave que pretendía imitar a Sinatra, y que impuso el silencio con la lentitud de sus melodiosas y pegadizas notas.

El tiempo pasaba.

También pasaba el tiempo para el teniente Green que aguardaba en la Virginia Street consultando el reloj.

—¡Diablos! Llevamos más de veinte minutos esperando y ese Adams sin aparecer.

—Bueno. Es su tiempo libre —murmuró el sargento.

—Si tiene prisa, le relevaré. Sé que ha terminado su turno.

—No, teniente. A mí me pasa como a usted. Me siento policía las veinticuatro horas del día. Pero uno tiene familia.

—Llamaré para que envíen a Brown.

—Le digo que no. Lo que haré es llamar a mí casa. Había prometido llevar al cine a los chicos.

—Vaya, vaya. Adams puede tardar horas. Mientras llamaré a la central.

Todo seguía igual. Sólo cabía esperar.

Esperar...

CAPÍTULO XI

Eran las diez de la noche cuando Alwyn dejaba en la puerta de su casa a Molly.

—Han sido las dos horas mejores del día, Alwyn —murmuró ella.

El miró la escalera como si por un momento pensara en subir. Luego decidió:

—Bueno. Hasta mañana...

Se despidieron definitivamente y Alwyn regresó al coche para dirigirse hacia su casa.

A la misma hora un hombre entró en el portal de la casa frente a la cual esperaba el teniente, juntamente con el sargento.

—Debe ser éste —murmuró Green, y saltó del coche.

El hombre que se había metido en el portal se hallara de espaldas. La puerta automática iba a cerrarse.

—¡Adams! —llamó el policía.

El del FBI se volvió.

—¿Es usted el inspector Adams? —repitió Green.

El aludido avanzó hacia la puerta y la abrió manualmente.

Miró de arriba abajo a Green y preguntó:

—¿Quién es usted?

—Teniente Green, de la Brigada 22.

Adams se echó hacia atrás el sombrero, mostrando de forma más visible su rostro.

Al difunto agente Bradley le habría extrañado mucho constatar que aquel inspector Adams con quién estaba hablando Green era muy distinto del otro «inspector Adams» que tramó lo del envenenamiento de Alwyn Scotch y que le había asesinado a él mismo. Pero, claro, Bradley ya no podía hablar.

Adams lo estaba haciendo con Green.

—No. No conozco a ningún agente Bradley. Pero, ¿de qué se

trata concretamente? Suba, por favor. Si es algo tan urgente... hablaremos.

Y mientras Green explicaba al del FBI lo poco que sabía de todo aquel asunto, Alwyn estaba ya muy próximo a la urbanización.

Un semáforo en rojo hizo detener su marcha. Al cabo de cuarenta segundos cambió a verde y prosiguió el camino.

Alwyn no tenía prisa, pensaba, le gustaba pensar en tanto conducía, sin que por ello perdiera los reflejos o mermara su atención. Lo había aprendido en sus tiempos de agente del FBI.

En su situación actual, no obstante, no tenía que pensar de una manera intensa porque no se trataba de ningún problema que tuviera que resolver. De un lado estaba su futuro. Después de seis años de haber estado trabajando con Molly, dos días habían bastado para que la muchacha significara más en tan corto lapso de tiempo que en esos seis años que la había visto día a día.

Pero también pensaba en su cuñada, en su lógica aflicción y se acusaba de haber sido un tanto inconstante con ella. No visitarla más a menudo. Eran pequeños remordimientos que se producen ante la tragedia.

Se dijo también que existía un motivo por el cual su asiduidad en las visitas se había ido perdiendo con el paso del tiempo. El motivo era la propia Lara... Siempre había visto algo extraño en los ojos de aquella mujer al mirarle... Algo que ni su experiencia lograba descifrar. Acaso, después de quedar viuda pensó que ella pudiera albergar un sentimiento amoroso hacia él...

Y a Alwyn no le desagradaba en absoluto la atractiva rubia, pero la sola idea de pensar en un posible idilio le hacía recordar a su hermano Frank y hasta parecía que ofendía su memoria...

También creía haber adivinado otro sentimiento en Lara... Una disimulada envidia, lógica en cierto modo.

La envidia acaso provenía de la situación material de Frank. A pesar de su inteligencia, el hermano mayor de Alwyn no había tenido mucha suerte. Ganaba menos dinero y por esta causa —dada su juventud además— no se había prevenido contra la muerte en forma de dejar a su familia asegurada. Sí, ahí podían radicar los celos que Alwyn intuía en su cuñada. Claro que ella jamás había tenido una palabra de reproche ni había insinuado cosa alguna que pudiera molestarle a él, ni, por otra parte, tenía motivos para ello.

Al contrario, rechazó su ayuda muy dignamente y expuso sus puntos de vista. No quería ayudas mientras pudiera trabajar.

Pensaba también Alwyn en el pequeño Jimmy y aquello le preocupaba más... Porque por una razón que tampoco podía explicarse, lo que al principio —aquel persistente sueño del chico— le parecía natural, ahora le hacía dar vueltas a su cabeza, a su cerebro...

Entraba ya en la urbanización.

* * *

Por su parte, el teniente Green había expuesto ya las razones de su visita a Adams.

Y Adams negó una vez más.

—Lo siento. Es la primera vez que oigo hablar de este asunto un tanto confuso... pero antes usted nombró a alguien...

—¿Se refiere a ese Scotch al que buscan mis hombres?

—Eso es... Tengo bastante buena memoria para los nombres... Recuerdo a un Scotch que tuvimos en la División. Entonces era bastante joven. Por razones que no son del caso dejó de prestar servicio... De eso hará unos cinco o seis años... Espere... Entonces yo era inspector de segunda clase... Sí, hace algo más de seis años. Mañana puedo decírselo con exactitud si le interesa.

—¿Cuál es el nombre completo de ese Scotch?

—Alwyn, Alwyn Scotch. Ahora tendrá treinta años... ¡Por cierto! Vivía en esas señas que usted me ha dado. Arroyo Seco. Lo recuerdo porque tenemos la dirección de casi todos los ex agentes. A Scotch le vi hace cosa de un año. Trabaja ahora en una fábrica de productos químicos. En el laboratorio, y... —el federal se interrumpió como si su cabeza maquinara algo.

—Productos químicos... antiguo agente del FBI... Consígame sus señas exactas, Adams. Se lo ruego. Esto empieza a tener una cierta forma. No se ve muy claro pero...

—Puede que no sea un asunto para su departamento, Green.

—Se sospecha que alguien va a morir envenenado. Tanto el asesinato como el evitar impedirlo siempre ha sido tarea de la policía.

—Voy a llamar a la División. Le daré esas señas... Lo que no

comprendo —adujo el del FBI— es por qué diablos ese agente me nombró a mí. Le doy mi palabra lo que no lo entiendo. No lo entiendo.

—Puede que fuera alguien que utilizara su nombre. Alguien que le conociera a usted.

—Es lo que pienso... —estaba llamando.

En aquel momento Alwyn detenía el coche frente a su casa, después de haberse cruzado con uno de los coches patrulla aparcado a la vuelta de un par de esquinas más arriba.

Apenas entró y encendió la luz, pasó por la calle otro vehículo. Lo conducía un viejo conocido de Alwyn, un hombre que el teniente Green hubiera dado cualquier cosa por poder interrogarle. Era el «otro Adams». A su lado iba una muchacha morena, de ceñido vestido, demasiado incluso para pretender una mínima elegancia. Era morena y de corte y modales parecidos a la que había salido dos días antes.

—¡Oye! ¿Por qué me has traído aquí? Esto es un cementerio. No se te ocurrirá violarme, ¿verdad?

—No lo he pensado ni por un momento. Simplemente creí que te gustaría pasear... por un lugar tranquilo.

Pasó a marcha lenta por delante del número 221.

—No te preocupes —añadió—. Si no te gusta daremos la vuelta.

—Es tarde. Quiero irme a casa. Lo he pasado muy bien, pero luego mi tía se pone hecha una furia. Me llama golfa... Como ella lo es, cree que todas tenemos que ser lo mismo.

Al llegar a la otra esquina, Gerard Adams hizo dar la vuelta completa al coche y de nuevo a marcha lenta volvió a pasar frente al 221.

En aquellos momentos Alwyn se sentó ante la mesa donde solía trabajar y sacó todos los papeles de su cartera. Los colocó para tenerlos a la vista a medida que los necesitara. Se quitó la chaqueta y en su lugar se enfundó un jersey. Luego aflojó el nudo de su corbata y antes de sentarse tomó un vaso de la cocina y se dirigió a la bomba de agua.

Nuevamente su vida estaba regulada por el tiempo que tardaría en beber aquel vaso.

Cuando lo hubo llenado volvió a la mesa y lo dejó a un lado

para tenerlo a mano.

Comenzó a examinar los apuntes. Se enfrascó en el trabajo, consiguiendo olvidarse de sus anteriores pensamientos.

Cuando llevaba un cuarto de hora trabajando, su mano derecha se extendió en busca del vaso de agua...

CAPÍTULO XII

—Más deprisa, sargento, más deprisa —ordenó Green, en el interior del coche.

El automóvil policial hacía sonar la sirena mientras el teniente pisaba a fondo, sorteando los vehículos que circulaban a aquella hora, que no eran muchos.

Green tomó el teléfono para efectuar una llamada más, urgente como todas.

Su prisa, sin embargo, iba a estrellarse contra lo inevitable, porque...

Alwyn tenía su vaso en la mano. Lo único que le impedía beber era el repaso de algo que llamaba su atención.

Aproximó el vaso a los labios.

Iba a beber, pero súbitamente lo alejó de sí. Acababa de ver algo que parecía haber llamado poderosamente su atención.

—Aquí está el error que el profesor Goddard no acertaba a encontrar... Es tan fácil y tan...

Hablaba consigo mismo. Se olvidó momentáneamente del agua para ir al teléfono.

Marcó un número que parecía recordar de memoria y aguardó a oír la voz de Goddard.

—Soy Scotch, profesor. Ya tengo lo que nos ha tenido ocupados estos últimos días.

—¡No me digas!

—Es un simple error de suma. Algo elemental.

—¡Qué te parece! Bien, me alegro que me lo hayas comunicado, Alwyn. Las buenas noticias son gratas...

—Pensé que le daría una alegría.

—¡Y me la has dado! Anda, déjalo. Descansa. Lee o escucha buena música. Es una orden.

—Terminaré esto pronto, profesor. Hoy ya me he tomado mi

asuetos. Adiós, profesor, hasta mañana... —Colgó y volvió hacia la mesa sonriendo por haber encontrado el error. Es la satisfacción normal que produce algo que durante días ha mantenido la incertidumbre en una persona.

La sed reclamó de nuevo a Alwyn algo con qué calmarla. Volvió al vaso.

Entonces llamaron insistentemente a la puerta.

—¡Abra! ¡Policía!

Alwyn volvió a dejar el vaso. Momentáneamente volvía a estar salvado, pero el agua seguía allí, la muerte permanecía oculta, incolora, dentro del envase de cristal... y en la bombona de la pared que hacía esquina.

Entraron un par de agentes.

—Antes estuvimos aquí. No había nadie.

—Hace poco más de media hora que he llegado... ¿Qué desean?

—El teniente Green no tardará en llegar. Él ha confirmado sus señas... ¿Podemos esperarle?

—Sí, pero no comprendo.

—Tenemos orden de recomendarle que no coma ni beba nada de lo que haya en su casa.

—¿Qué dice?

—¿Ha comido algo?

—Cené a las seis, cuando llegué.

—Hum —murmuró uno de los agentes.

—¿Quieren explicarse mejor? —exigió Alwyn.

* * *

Fue el propio teniente quien sintetizó la cuestión.

Al concluir dijo:

—No sabemos nada en concreto, pero usted puede ayudarnos. Piense... ¿quién puede sentir deseos de matarle?

—Nunca he pensado que nadie pudiera sentir deseos de matarme... Esto me parece absurdo. Por supuesto, no conozco a ese agente Bradley.

—Pero sí a Adams, del FBI.

—¡Oh, sí! Inspector William Adams. En efecto, le conozco ¿Qué

tiene que ver?

—El agente Bradley le mencionó. El asegura que no sabe nada, pero cada vez parece más evidente que algo hay en todo esto. Por de pronto, la muerte de Bradley...

—¿Han confirmado que... había sido envenenado?

—Todavía no. Estoy pendiente del informe de toxicología.

—Bueno, pero un veneno no es tan difícil...

—Usted trabajó en el FBI. Sabe también como nosotros que cada día surgen nuevos tipos de tóxicos mortales. Venenos que apenas dejan huellas y aun o menudo siembran la duda.

—Un veneno que... no deja huellas. ¿Cómo murió ese agente? —inquirió el dueño de la casa.

—La agonía no fue larga. Por su última conversación daba la sensación de que algo le impidiese hablar con claridad...

—¿Acaso como si fuese preso de un sueño incontenible?

—Más o menos.

—¡Cielo santo! —exclamó casi imperceptiblemente el agente.

—¡Scotch! ¿Tiene algo que ver su trabajo en esa fábrica de industrias químicas con...?

—Disculpe, teniente, voy a necesitar una orden para exhumar un cadáver.

—¿Qué dice?

—Ya se lo explicaré... De momento hagan examinar el agua de ese depósito y enseguida que sepan los resultados, avísenme. Háganlo cuanto antes.

El cerebro de antiguo agente investigador del FBI funcionaba a pleno rendimiento. Las ideas surgían ahora claras de la mente de Alwyn Scotch. En cuestión de segundos relacionó hechos, detalles, palabras y circunstancias.

El agua que se había bebido Jimmy, la rotura del vaso que también le recordaba el agua... Aquel sueño que le entró en su casa, poco después de haber bebido... Los síntomas con que más o menos habían descrito los últimos minutos de aquel agente Bradley. También la dificultad de encontrar sustancias tóxicas en las vísceras se relacionaba con la absoluta certeza con que el médico certificó de muerte natural la de Jimmy.

Green se movió deprisa. Hizo retirar el agua y llevarla al laboratorio, mientras él —el teniente— se quedaba a solas con

Alwyn Scotch.

—Bueno, dígame todo lo que sepa y pueda servirnos de ayuda.

—¿Qué quiere que le diga? Todo esto es absurdo.

—Le he preguntado antes si algo relacionado con su trabajo de ahora...

—Mi trabajo es perfectamente normal.

—Señor Scotch, su antiguo compañero Adams también ha creído ver alguna relación en el atentado que sin duda acaba de sufrir y su trabajo.

—He sufrido ese atentado, teniente, y alguien pagó ya por mí. Una pobre criatura de ocho años. Mi sobrino.

—¿Un sobrino suyo bebió de esa agua?

—En efecto.

—¡Cielos! Entonces si está envenenada... Se ha producido ya un asesinato.

—Sí.

—¿Y cómo es posible? ¿Desde entonces usted no ha vuelto a beber?

—Sí, claro... Pero ahora que recuerdo, aquel día es probable que no la hubiese probado, pero ayer sí. Sin embargo, esto no tendría importancia porque la asistenta la cambia cada vez que viene.

—¿Y cuándo ha vuelto?

—Hoy.

—Entonces —murmuró el policía—, es posible que...

—El agente Bradley murió esta tarde, ¿no? ¿A qué hora?

—Sobre las tres y media. Sí... Creo que los dos pensamos lo mismo... El trataba de acusarse, aunque esto no está muy claro, pero puede que tenga algo de verosimilitud.

—Su agente, por algún motivo que ignoro, digamos que fue... obligado a mezclar algo en el agua de la bombona. Luego, su cómplice le paga con la misma moneda para deshacerse de él...

—Un cómplice —adujo el policía atando cabos— que utiliza el nombre de Adams y afirma que trabaja en el FBI, porque Bradley no lo hubiese inventado...

—Me gustaría hablar con Adams.

—Oiga. Este es un asunto nuestro. A menos que —y perdone que insista— tenga que ver con su trabajo.

Mucha gente sabe que a menudo el Gobierno utiliza a científicos de esas fábricas. No nos engañemos, señor Scotch. Y por favor, tengo que pedirle que no trate de intervenir usted por su cuenta.

—Escuche, teniente, insisto en que ignoro quien mueve todo esto ni con qué fin, pero le aseguro que no me cruzaré de brazos. Un sobrino mío ha muerto. ¡Ha muerto por mí! ¿Comprende? ¿Entiende esto? Aquella agua pude bebérmela yo, pero la tomó él. No importa ahora qué circunstancias impidieron que aquella noche bebiese... Al día siguiente cuando volví, el agua había sido cambiada ¿No lo entiende? Un plan perfecto. Un veneno que cuesta descubrir, una muerte aparentemente natural... Un sesenta por ciento de defunciones se producen en nuestro país por ataques cardíacos... Todo bien tramado. ¡No teniente! No voy a cruzarme de brazos.

El sargento interrumpió, al llamar a la puerta.

—¡Del laboratorio, teniente!

El policía habló a través del teléfono del coche. Cuando colgó, se volvió hacia la puerta de la casa, en cuyo umbral permanecía Alwyn.

—Nuestro agente Bradley... fue envenenado —dijo escuetamente.

Alwyn fue directamente al garaje para sacar el coche.

—¡Eh! ¿Adónde va?

—Asuntos familiares, teniente —fue la seca réplica de Scotch.

Poco después marchaba a gran velocidad camino de la casa de su cuñada.

CAPÍTULO XIII

Tras disculparse por lo intempestivo de la hora, medianoche ya, murmuró:

—Sé que voy a causarte un gran dolor, pero es necesario que lo sepas. No servirá de mucho, porque la verdad solo puede ser una, pero voy a pedir permiso para exhumar el cadáver de Jimmy.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió ella, lívida.

—Ten valor—. Lara, tengo poderosos motivos para pensar que tu hijo... murió a consecuencia de... envenenamiento.

—No... no —balbució ella, retrocediendo hasta dejarse caer en una silla.

—En parte me siento culpable... Ojalá no hubieras venido a mi casa anteayer. Ojalá.

—Pero, ¿por qué? ¿Acaso fue...?

—En mi casa, sí. El agua que tomó. No estoy seguro todavía, pero tengo ya una prueba. Ahora están examinando el agua. Sabré la respuesta mañana mismo...

Ella se incorporó. Iba todavía vestida. Alwyn lo había atribuido a que debía estar trabajando para la oficina. Su rostro, hermoso, conservando todavía el suave maquillaje, era una mueca de dolor.

—En tu casa... El agua envenenada. ¡No! ¡No!

La tensión fue superior a sus fuerzas. Se desvaneció. Alwyn se apresuró a tomarla en brazos antes de que cayera al suelo.

* * *

Una hora más tarde, el teniente Oreen recibía la confirmación del laboratorio.

—Sí, teniente. El veneno encontrado en el agua es idéntico al hallado en el cuerpo de Bradley. Una nueva sustancia. En realidad

una mezcla muy difícil de advertir; habrá que estudiar la proporción de sus componentes. El que lo ha ideado ha hecho un auténtico trabajo de artesanía.

El teniente preguntó a los del coche patrulla que había dejado en la urbanización si sabían algo de Scotch.

A través del teléfono del coche, le respondieron:

—No. No ha regresado todavía.

* * *

En el mismo instante, recuperada ya Lara, tendida en la cama con la ropa floja para facilitar la circulación de la sangre, permanecía como hipnotizada.

—No sé quién pretende matarme. Acaso el único móvil podría ser por algo que hace algún tiempo llevamos el profesor Goddard y yo, pero me cuesta creerlo. Sé que él no ha hablado con nadie, y yo menos...

—¡Y qué me importa a mí todo esto! —reaccionó ella—. ¡Mi hijo ha muerto! ¡Dios mío, Dios mío!

—Voy a hacerte compañía esta noche. Me quedaré en el diván. Procura descansar. Mañana iré a ver a Goddard, quizá él pueda darme algún detalle... Porque si no se trata de eso... no lo comprendo... Todo ha sido planeado como para simular una muerte natural.

—Vete, Alwyn, te lo ruego.

—No quiero dejarte así.

—¡A qué viene tanto interés por mí ahora! Durante años se pueden contar con las manos las visitas que me has hecho y de repente aparece y mira lo que ocurre.

—¡Lara!

—Vete, Alwyn, vete...

Atribuyó sus reproches al nerviosismo, a la terrible noticia que él mismo le había comunicado; sin embargo, la voz de la mujer rezumaba odio, agresividad.

—Bastante me lo he reprochado yo, Lara... Bastante me he dicho que debía venir más a menudo. Lo siento. Siento si involuntariamente te he causado daño.

—Creías que con arrojar unas monedas honrabas la memoria

de tu hermano.

No. Alwyn no se lo podía tomar en cuenta. Estaba ofuscada, dolida.

—Si algo siento de veras ahora más que nada, y lo siento con toda mi alma, es que Jimmy haya muerto en mi lugar.

—¡Por favor! —acabó suplicando mientras contenía el llanto—. ¡Por favor! Te ruego que me dejes.

—Sí, Lara. Lo que tú quieras. Lo que tú...

Se interrumpió. Había creído percibir un ruido en alguna parte y se volvió.

—No hay nadie en casa, ¿verdad?

—¿Por qué no registras?

—No lo tomes a mal, pero me pareció oír...

—Tal vez te hayan seguido. Si tratan de matarte...

Salió de la habitación y echó una mirada en torno suyo. Entonces dedujo que el ruido había surgido de la parte donde estaba la cocina. Entró. La luz estaba cerrada, solo el débil reflejo del exterior daba un poco de claridad.

La ventana estaba abierta y comunicaba con el pequeño balcón por el que pasaba la escalera de incendios común a todo el edificio. Era la parte trasera. Abajo había un callejón. Asomó.

¡Había alguien!

¡Alguien que sin duda había tratado de entrar sin ser visto! Pero que al hacer ruido temió ser descubierta y ahora se retiraba rápidamente.

—¡Adiós, Lara! Y cierra bien todo —gritó Alwyn lanzándose en pos del fugitivo, que le llevaba dos pisos de ventaja y solo le faltaba el último para llegar a la calle.

Quienquiera que fuese era un hombre ágil, tanto como el propio Alwyn.

El perseguido saltó a la calle. Alwyn procuró ir todo lo aprisa posible y cuando tocó a tierra, el otro ya había huido con el auto que antes estaba en el callejón.

Alwyn corrió en pos del suyo.

Como en los viejos tiempos de agente del FBI, se encontraba en plena persecución, solo que aquella vez el motivo era personal.

El fugitivo enfiló hacia Beverly Hills tratando de desorientar a su seguidor doblando esquinas y más esquinas, y dando tantos

rodeos como calles encontraba. Por fin tomó Winen Drive, haciendo chirriar los frenos en cada una de las sinuosas curvas.

Al cabo de medio kilómetro dobló a la derecha por la Benedic Avenue, en dirección a los montes de Santa Mónica. Los cinco kilómetros que seguían eran de sinuosa carretera, con zonas de edificaciones residencial a todo lujo.

Los faros de los automóviles seguidor y seguido rompían la oscuridad y barrían con la fugacidad de su paso los lados de las curvas donde a menudo se abrían precipicios, otras veces eran terraplenes, y la carrera seguía.

Sin embargo, había algo con lo que Alwyn no había contado. No estaba preparado para aquella carrera y el coche se negó a seguir andando. Faltaba esencia.

Alwyn maldijo aquella contrariedad, mientras el coche del fugitivo se alejaba más y más, de forma irremisible.

CAPÍTULO XIV

Aquella noche Alwyn durmió muy poco, lo justo para poner en orden sus ideas y reponer fuerzas.

Salió contra lo habitual a las siete de la mañana, pero atravesado en el camino entre el garaje y la calle se encontró el auto del teniente Green.

El policía quería hablarle.

—Si considera que este asunto es de índole secreta y debe tratarlo con el FBI no voy a discutirsele, pero hace tres días un niño murió con esa agua envenenada. Usted lo confesó. Ahora tenemos la prueba de que efectivamente el agua había sido realmente envenenada, por tanto mientras no reciba órdenes superiores seguiré investigando y le ruego que colabore...

—Teniente, comprendo su posición. Pero insisto en que de momento no puedo decir nada. Sólo me atrevería a pedirles protección para mí cuñada...

—¿Su cuñada?

—La madre del chico que murió. Anoche fui a verla. No sé si alguien me siguió, pero sorprendí a un tipo. No pude verle. Le hubiera atrapado si mi coche no se hubiese quedado sin gasolina.

—Deme sus señas. Haremos lo que podamos, pero usted colabore.

—Me estoy devanando los sesos, teniente. De veras... — murmuró, ocultando lo del secreto que compartía con el profesor por razones obvias.

—Dejando aparte su trabajo y lo que pueda tener de secreto... ¿Piensa que puede tratarse de alguna venganza personal?

—Nunca he creído tener enemigos.

—Sin embargo, usted salió del FBI por algo. ¡No! El inspector Adams tampoco aclaró nada al respecto; sin embargo, tal vez pudo

usted..., no sé, haberse ganado alguna enemistad.

—Teniente, salí del FBI porque me atraía más la química y la investigación.

—¿Por nada más?

Tras una pausa, Alwyn murmuró:

—Tuve un incidente con un compañero. A él le costó el puesto. Yo me salí poco después.

—¡Eh, ahí hay un buen motivo para tenerle odio, señor Scotch!

—Se da la circunstancia de que tanto mi amigo como yo nos hemos olvidado del pasado. No nos vemos mucho, pero seguimos amigos. Bueno, últimamente le vi y tomamos juntos unas copas. Puedo asegurarle que no existe el menor roce entre nosotros... Además... al cabo de seis años sería algo absurdo pensar en una venganza, ¿no cree?

—Quizá un poco tardío, absurdo no es la palabra adecuada. Usted estuvo poco tiempo entre policías. Yo llevo un puñado de años —el teniente aparentaba una cuarentena bien llevada—. Uno ha visto de todo.

Fugazmente, Alwyn pensó en el amigo a que se refería: Gerard. Y se dijo a sí mismo que no veía el motivo por el que Gerard pudiera vengarse al cabo de tanto tiempo.

Con la ineludible excusa de acudir a su trabajo, Alwyn se despidió del policía y fue directamente a la casa de Goddard, aunque normalmente por las mañanas no pasaba a recogerle. Aquel día quiso hacerlo para hablarle del asunto y ver si el viejo profesor podía tener alguna idea, o darle alguna pista...

Detuvo el auto veinticinco minutos más tarde, cerca de la residencia de Goddard.

La villa situada en la zona residencial de Glendale estaba rodeada de un pequeño jardín.

No era la primera vez que Alwyn lo cruzaba para entrar en la casa. Llamó al timbre y aguardó. Consultó el reloj. Era temprano todavía. Pensó que el profesor quizá estaba en el baño. Insistió. Pero enseguida se dio cuenta de que la puerta de madera maciza no estaba completamente cerrada. La empujó suavemente y cedió.

Alwyn se introdujo en el corto y ancho corredor con dos grandes puertas, una a cada lado, pertenecientes al salón principal y a lo que Goddard había convertido en su laboratorio particular,

aunque en realidad toda la casa era un laboratorio, porque aparecían objetos propios de ello por todas partes. Goddard no era persona demasiado ordenada en ciertos aspectos.

—¡Profesor! —llamó mientras avanzaba.

Nadie contestó.

Un vistazo al salón y al laboratorio le bastó para ver que allí no estaba. Adentrándose más llegó hasta el dormitorio. La cama aparecía revuelta, pero vacía.

Iba ya a salir cuando vio algo que asomaba por los pies del lecho.

—¡Cielo santo! —exclamó Alwyn.

Eran unos pies.

Al otro lado, tendido en el suelo, sin aparentes signos de violencia, estaba el profesor Goddard. Aun sin auscultarle o tomarle el pulso, por su aspecto Alwyn comprendió que estaba muerto.

Un examen más detenido permitía observar marcas en la garganta.

Había sido un asesinato.

Alwyn se dirigió al teléfono y descolgó para pedir:

—Con la División del FBI, dese prisa.

Ya no le cabía duda de que el asunto era de la total incumbencia de la policía federal.

CAPÍTULO XV

El inspector William Adams tuvo una larga conversación con Alwyn en privado y en la misma casa del profesor.

—El asunto, Adams, es estrictamente confidencial... Por eso he querido hablar con usted y nadie más. Me costaba creerlo, pero ante el asesinato del profesor ya no cabe ninguna duda, quieren eliminarnos a los dos.

—¿Con qué objeto?

—Por esa fórmula del demonio, pero ignoran que así no la conseguirán.

—¿La tenéis en el cerebro?

—No... Pero no la encontrarán. Nadie. Ni un experto, ni usted, Adams, y le tengo por uno de los mejores.

—Gracias por el cumplido, pero no me convence, Scotch... Un intento de asesinato hacia tu persona y el de Goddard se complementan, pero, ¿por qué quitaros de en medio por una fórmula? Podrían registrar vuestras casas de arriba abajo, o incluso secuestraros y daros tortura para que hablarais...

—Sí, no deja de ser lógico lo que usted dice, pero simulando una muerte natural por mi parte les daba la ventaja de que el mundo ignoraría los móviles.

—Pero ahora, quien quiera que sea ha actuado a la desbandada.

—Sí... Es como si al asesino de repente le entrara prisa.

—Y la tiene porque se siente al descubierto, cercado.

—¡Y ni siquiera sabemos quién es!

—Sabemos que conoce bastante bien cómo funcionan nuestras dependencias. Mi nombre, por ejemplo.

—¿Piensa en alguien en concreto?

—Si la cosa fuera únicamente contra ti, cabría una posibilidad.

—La misma que pienso yo... Esta mañana he hablado de ello

con el teniente, sin citar nombres... Luego lo he seguido pensando... Gerard Burton.

—Sí. Gerard Burton.

—Absurdo. Han pasado seis años...

—A Burton le llamábamos el pequeño elefante, por su memoria, por el cuidado que tenía con todos los detalles. No se le olvidaba uno y era rencoroso. Cuando le hacían algo nunca lo olvidaba... Aun tratándose de delincuentes, el jefe le había llamado la atención un par de veces. Para él el tiempo no contaba, esperaba la oportunidad y entonces devolvía los golpes... Es el tipo psicológico que encaja en una venganza llevada a cabo después de los años...

—Pero olvida un detalle... Fui yo quien descubrí que además, Burton no hacía las cosas gratis, al menos... algunas veces. El mismo decía que el placer de una venganza sin obtener recompensa era absurdo.

—Sí, lo recuerdo...

—Ahora no podría obtener ningún bien material... Por cierto que el otro día vino a verme y...

Al decirlo se interrumpió, porque cayó en la cuenta de algo que quizá era un cabo suelto más en aquella historia...

—¿Dice que vino a verle?

—Pues sí...

Y el ex federal pensó si aquella visita no había sido tan casual.

—Estuvimos bebiendo... —añadió Alwyn, y trató de recordar la conversación. No le fue difícil. Habían hablado de la muerte de Jimmy, ocurrida el día anterior.

Alwyn agrandó los ojos.

—Preguntó bastantes cosas. Entonces se las respondí como la cosa más natural...

—¡Cuidado, Alwyn! Dese cuenta de que si no es Burton nuestro hombre, además de conocer la División le conoce a usted y sus costumbres... Observe, si no, lo que hizo de acuerdo con lo que sabía... Había veneno en el agua el día que la tomó Jimmy, al siguiente el agua es, cambiada por la asistenta, usted bebe y no ocurre nada. El criminal sabe que usted se ha librado de la muerte, pero no le concede un día más de gracia por puro capricho. Necesita poner el veneno la vigilia del día siguiente que venga la asistenta a su casa, por eso espera ese día.

—Y en el Ínterin acude a visitar a su fallida víctima, para conocer de cerca los detalles —adujo Alwyn.

—Podría ser una pista.

—Pero, ¿y Goddard? ¿Qué pinta en todo esto?

—Es lo que cambia la cuestión.

—Gerard Burton conocía muy bien mis costumbres. Incluso después de «aquello» convivimos juntos durante mucho tiempo. Sí, él sabía tanto de mí o más que mi propio hermano Frank cuando vivía. Pero no sé...

—¡Scotch! ¿Hay algún sitio desde donde se pueda observar su casa?

—Supongo que sí. La manzana donde vivo está casi deshabitada. Hay algunas casas compradas, pero los propietarios aún no viven en ellas.

—Vamos. Iremos usted y yo de modo extraoficial, al menos por el momento —repuso el auténtico Adams.

* * *

No era legal, pero sí necesario y se adoptaron todas las precauciones pertinentes, a fin de entrar en la casa de enfrente de la de Alwyn sin dejar huellas.

—Los ladrones y asesinos lo hacen con fines lucrativos. Nosotros, para defender a la sociedad, e incluso a la nación de un loco, necesitamos los trámites legales —se lamentó Adams—. Por eso en casos urgentes... uno tiene que obrar por su cuenta y riesgo.

—No se justifique, inspector. A mí me enseñaron a hacer lo mismo en aquella época.

—¿Quién vivirá en esta casa? ¡Vaya muebles! Creí que ya no existían. Esto parece del siglo pasado. Pero son caros y de calidad.

—Creo que la compró un hombre ya viejo... No sé si enfermo o qué. Pero nunca ha vivido aquí.

—Intentaremos obtener huellas.

Adams llevaba consigo los reactivos necesarios y un aparato fotográfico de reducido tamaño. Eran instrumentos de emergencia, con los que trabajó rápidamente secundado por Alwyn.

—Cada día salen cosas nuevas. ¿Para qué sirve ese aparato?

Y mostró un pequeño artefacto que Adams llevaba en la mano.

—¡Oh! Esto es un diseño particular. Infrarrojos de bolsillo. La luz no se nota a simple vista, pero las huellas aparecen en el positivo... La máquina, como puede ver, es una «Polaroid». No tenemos tiempo de ir al laboratorio. Esto ya le he dicho que es extraoficial.

Si en las habitaciones de la casa no existían huellas aparentes, la observación de las veinticuatro fotografías que Adams había sacado con su pequeña «Polaroid» de bolsillo aportó una luz. De veinticuatro, solo una, únicamente una dejaba ver una huella, una sola huella junto a la entrada trasera. Era parte de un zapato y se había intentado borrar, pero el trapo no lo consiguió en su totalidad, dejando una ligera parte.

Alwyn murmuró:

—Para ganar tiempo podemos preguntar al teniente Green si pertenecía esta huella al agente de su Departamento. Si ese agente era cómplice de otro, seguramente también estuvo en la casa.

—No es mala idea, pero no sé... Querrá saber de qué medios nos hemos valido.

—Déjelo de mí cuenta...

—Ah, Scotch... Dé largas al asunto y trate de localizar a Burton, pero no actúe por su cuenta. Si es nuestro hombre nos pertenece interrogarle a nosotros. Es un ex agente.

CAPÍTULO XVI

El cerco se estrechaba, pero faltaban atar muchos cabos, y los móviles tampoco se comprendían muy bien. Porque si todo se trataba de una venganza tardía, ¿qué significaba la muerte de Goddard?

¿Había sido también obra del falso Adams?

Pero la investigación contra reloj seguía. El teniente Green aceptó el encargo a regañadientes. Quería saber de dónde y cómo habían obtenido la prueba de aquella huella. Alwyn supo contemporizar, y salió con el coche hacia la casa de su cuñada.

Quería saber cómo había pasado la noche, tal como la dejó no era como para sentirse tranquilo.

Cuando llegó encontró que no había nadie. Una vecina salió al rellano y explicó:

—A estas horas la señora Scotch suele estar en la oficina. ¿Es usted pariente o amigo? ¡Oh, creo que le he visto por aquí otras veces!

—Soy su cuñado.

—Pobre señora Scotch... Tan amante de su familia... Se ha quedado sin nadie, sola otra vez...

—Sí, una pena... ¿Sabe si esta mañana ha salido también?

—¡Oh, sí! La vi salir a la hora de costumbre...

—Creí que... Bueno, gracias de todos modos.

La vecina, chismosa por excelencia, se ofreció gustosa:

—¿Quiere que le dé algún recado?

—No, no. Ya volveré luego...

Al salir a la calle miró en derredor. Recordaba haber pedido protección al teniente para su cuñada y no vio a nadie, lo cual parecía confirmar que si efectivamente había habido vigilancia y ahora no estaba, era porque Lara había salido para ir al trabajo.

Alwyn regresó a la oficina donde todo el mundo estaba ya enterado de la noticia. Molly informó al joven de cómo llegó a saberse.

—Como tardabas en venir me hicieron llamar a tu casa. La policía me informó de lo ocurrido. ¡Dios mío! Es horrible... ¿Por qué crees que le han matado?

—¡Ojalá lo supiera, Molly!

—¡Alwyn! Sé que tú también estás en peligro...

—¿Quién te lo ha dicho?

Ella señaló el periódico que estaba sobre la mesa. Era naturalmente una edición de aquella misma mañana y estaba doblado por la página donde, a tres columnas, destacaba el titular:

«Intento de asesinato a un ex agente del FBI. La víctima circunstancial fue un sobrino suyo de ocho años».

Un subtítulo aclaraba:

«Al parecer, el asesino envenenó el agua».

Alwyn soltó el teléfono y trató de ponerse en contacto con el teniente Green. Cuando lo consiguió soltó:

—¿No podía darse más prisa en facilitar la noticia a los periódicos?

—¡No me eche los perros, Scotch! Lo oyeron comentar. Les prohibí que publicaran nada, pero ya sabe, siempre los hay que sacan a relucir la democracia y la libertad...

—Esto puede espantar la caza...

—La pieza puede interesarme a mí también, pero no pelearé por ella. Y como mis superiores no me han indicado lo contrario, debo seguir buscando...

—Está bien, teniente... ¿Qué hay de la huella?

—Pues sí... parece ser que forma parte de uno de los zapatos de Bradley. Y a cambio, Scotch, dígame detrás de quién van. ¡Vamos! ¡No volveré a hacerle ningún favor si no está a la recíproca!

—Buscamos a alguien que se hace llamar Adams...

—¿Saben quién es? —preguntó el policía.

—Puede que sí.

—Descríbalo. Haremos un retrato robot.

—No, no, todavía no. Tenemos que estar seguros. Gracias por todo, Green, pero cuidado con la prensa. Claro que ahora ya es tarde.

—Puede que sea mejor así. Cuando se saben acorralados siempre dan un paso en falso.

Colgaron.

Molly se encaró con Alwyn.

—¿Quién es?

—Puede que sea un antiguo compañero.

—¿Del FBI?

El asintió.

—¿El que fue la causa de que tú... dejaras el cuerpo?

—En cierto modo.

—¿Qué pasó?

—Me encargaron un caso, seguir la pista de unos distribuidores de cocaína... Debía de dar el informe para que los veteranos cayeran sobre las piezas clave. Descubrí que entre los intermediarios estaba mezclado mi amigo... Obtenía dinero por cerrar la boca. ¡Él me había hecho entrar en el cuerpo! ¡Me había recomendado, y yo...!

—¿Le denunciaste?

—Hice mi informe. Tenía que hacerlo. Luego dimití.

—¿Y a él? ¿No le ocurrió nada?

—No quedó del todo probada su intervención; por otra parte dio algunos nombres clave, asegurando que lo hacía para obtener mejor información. En la División prefirieron no profundizar, pero se le recomendó que presentara la dimisión... A mí siempre me quedó la duda de si había obrado bien o mal, y como tenía otros medios para abrirme camino también lo dejé. Eso es todo.

—Ten cuidado... Si se tratara de una venganza... ¡Cielo santo! Puede tratarse de uno de esos maníacos que extienden su venganza a los amigos de las personas a quién la dirigen... Y el profesor Goddard ha sido una víctima más... ¿O acaso...?

—No le des más vueltas, Molly. Si es Gerard Burton, tarde o temprano lo sabremos, pero aun así, apostarí a que no se trata de una simple venganza... Tiene que haber algo más...

* * *

A mediodía Alwyn se dirigió a la oficina donde trabajaba Lara y el portero le indicó:

—Hace poco se ha marchado. Alguien ha venido a buscarla.

—¿Alguien?

—Sí. La vi meterse en un coche.

—¿De la policía?

—No. Particular. Matrícula de California. Pero no me pregunte más. Lo vi por casualidad.

—Oiga —insistió Alwyn—, ¿no se ha fijado si alguien la seguía?

—Pues ahora que lo dice... esta mañana estuvo rondando por aquí un tipo que estaba pegado a un periódico... ¡Sí!... Pidió un taxi apenas Lara se fue en ese coche de que le he hablado.

* * *

Lo que más hubiese extrañado a Alwyn Scotch habría sido el conocer al acompañante de Lara.

Era el falso Adams, que trataba de burlar al taxi que le seguía y lo logró por unos rodeos bordeando la zona de Griffith Park. Luego se adentró por los senderos cubiertos de vegetación, ante el absoluto silencio de Lara.

Por fin detuvo el coche y murmuró:

—Es necesario que hablemos. El imbécil de tu cuñado anoche por poco lo estropea todo. Apenas me dio tiempo de huir...

Ella seguía silenciosa.

—Escucha, Lara. Ya sé que ahora lo sabes todo. Lo de tu hijo fue un accidente. ¿Cómo podía suponer que irías aquella tarde? ¿Por qué lo hiciste?

—No lo sé, Gerard. No lo sé... Pero eso ya no importa ahora. ¡Eres un sucio asesino!

—Tanto como si el muerto hubiese sido Alwyn... Pero entonces no te hubiese importado que lo fuera. ¿No es así?

—¡Se trata de mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Él no tenía la culpa!

—Fue un accidente. ¡Un accidente! Debes comprenderlo. —Se serenó tras haber perdido el dominio, lo que resultaba bastante raro

en él, y añadió—: No... No debiste haber ido, pero fuiste porque en ese odio tuyo hacia Alwyn hay mucho de amor. La balanza está en el fiel de los dos sentimientos.

—Nunca he podido asimilar que él lo tuviera todo mientras que su hermano tenía que luchar para ganar cada centavo... Luego, al quedarme viuda... él habría podido remediar mi situación, pero no con un donativo...

—Casándose contigo, ¿eh?

—¿Por qué no? No soy ninguna tarada. A ti te gusto, ¿no? ¿O acaso es solo por el interés?

—No seas niña...

Ella abrió el bolso y extrajo un pequeño revólver.

—No vivirás para disfrutarlo, Gerard. No vivirás para eso... ¡Mataste a mi hijo!

—¡Lara! ¡Estás loca! No juegues con esto... Yo hice todo... Corrí los riesgos... Incluso maté a ese profesor Goddard. Oí cómo anoche Alwyn le nombraba. Yo sabía dónde vivía, por haber seguido durante tanto tiempo a Alwyn para conocer sus costumbres... El creía que el atentado podía ser por un secreto de la fábrica o, algo así. ¿Comprendes? Pensé que matando a Goddard todo el mundo pensaría que había sido por esto... Y lo hice para desviar todas las sospechas por otro lado...

—¿Ya has terminado de hacer tu alegato defensivo? —inquirió ella, con frialdad.

—¡Lara! Tú y yo planeamos esto... Yo quería ajustar cuentas a Alwyn y tu deseabas tener un porvenir sin preocupaciones. Me arriesgué mucho al prepararlo todo.

—¿Qué es lo que hiciste en realidad? Nada. Cualquier tipo lo hubiera hecho.

—Firmé un seguro de vida a nombre de Alwyn. Me costó bastante falsificar su firma y conseguir sus fotos de carnet, sin que se diera cuenta de que le retrataba. Luego, durante el reconocimiento, tuve que hacerme pasar por él.

—En las compañías no se fijan demasiado. Cuando se trata de un seguro de vida, lo que les importa es la salud del asegurado. Por lo demás, tu estatura y complexión son parecidas a las de Alwyn.

—Aun así, los riesgos los corrí yo... Todo lo hice tal como me habías pedido, incluyendo la cláusula de que hasta tanto Alwyn no

se casara, la beneficiaría, como única pariente, serías tú... Es un millón de dólares... He pagado durante dos años la prima. La he pagado de mi bolsillo, para poder disfrutar de ese dinero contigo una vez muerto Alwyn... Y ahora... ahora me amenazas.

—Debiste decirme qué métodos usarías.

—¡Tú no me lo preguntaste! Sólo deseabas que muriera, pero no querías saber el cómo y el cuándo... Fuiste a verle porque querías despedirte. Esa es la verdad, ¿no? En el fondo buscabas una oportunidad de que él te insinuara algo y entonces todo tu odio se hubiese convertido en amor.

—¡Basta!

Trató de montar el arma. Pensaba en su hijo. Gerard Burton, alias Adams, no podía dejarse matar tan estúpidamente, así que se abalanzó sobre ella. Forcejearon durante unos minutos entre jadeos.

Sonó un disparo.

Él se separó bruscamente.

El hombro de Lara sangraba. Era algo más abajo, más hacia el pecho. Pero seguía conservando el revólver y disparó a su vez.

Gerard saltó hacia atrás, evitando que la bala fuera mortal, pero sin poder impedir un rasguño.

Aquellos disparos atrajeron al policía que les había perdido poco antes, así como a los guardas del parque.

Lara, a pesar de la herida, continuó disparando, pero lo hizo sin precisión mientras a trompicones Gerard procuraba ponerse a cubierto tras los setos.

La mujer vació el cargador. Jadeante dejó caer el revólver.

—¡Asesino! ¡Asesino! —musitó saliendo del coche, buscándole.

Gerard salió de su escondite; ahora la sabía desarmada y se abalanzó sobre ella.

—¡Vamos, gatita! Seguiremos hasta el final o caeremos los dos. ¡Qué diablos me importa a mí tu hijo!

Aparecieron los guardas del parque, que presenciaron el forcejeo.

—¡Alto! —gritó uno de ellos. Eran dos.

Gerard se sintió atrapado. Ella resbalaba en sus brazos por la gravedad de la herida.

Desesperado, el asesino corrió hacia el coche abandonando a la mujer. De nuevo su serenidad falló ante el brillo de la muerte. Puso

el vehículo en marcha y se lanzó hacia los guardas que dispararon taladrando el parabrisas.

Gerard trató de atropellarles. Uno de los guardas tuvo que lanzarse hacia un lado, para evitar ser arrollado por el automóvil. Así consiguió escapar.

Por el sendero se cruzó con el taxi que conducía al policía encargado de la custodia de Lara.

Gerard siguió conduciendo como un loco y poniendo tierra de por medio. Lamentaba haber tenido que dejar a Lara viva, porque ella podría hablar y contarle todo, pero aquellos momentos lo importante para el asesino era salvar la piel.

¡Y tenía un medio! Uno... Alguien le iba a ayudar. ¡El propio Alwyn!

CAPÍTULO XVII

Sabía que el factor tiempo podía ser decisivo. Y mientras la policía no diera su nombre creía que podía pasearse sin llamar la atención. Se dirigió hacia la fábrica. El calor de la tarde le permitía quitarse la chaqueta para ocultar la sangre que le había producido el refilonazo. Y así, al llegar a su destino, tras haberse peinado y serenado su aspecto, se apeó del coche y con la americana sobre un hombro, disimulando a la vez la mancha de la camisa, entró.

Mostró ambigüamente una carterita, que abrió ante el portero, diciendo:

—FBI. Quiero hablar con el señor Alwyn Scotch.

—No ha regresado todavía —fue la respuesta.

Gerard pensó que aquello favorecería mejor sus planes y añadió:

—No importa, hablaré con su secretaria, la señorita Molly.

Seguía haciendo gala de los conocimientos de la vida particular de Alwyn.

—Bien. Avisaré de su llegada.

—No, no lo haga. Es mejor. Indíqueme el camino.

—En la planta inferior.

—Gracias.

No esperó el ascensor, bajó rápidamente y se introdujo en las dependencias del laboratorio.

Molly estaba en su acristalado despacho. La reconoció. En aquellos momentos despachaba algo con uno de los empleados. Aguardó a que quedara sola y entró.

—Molly, usted no me conoce. Soy inspector del FBI. ¿Quiere acompañarme?

—¿Para qué?

—No haga preguntas.

—Pero...

—Vamos, Molly. Su jefe el señor Scotch está corriendo un serio peligro.

—No comprendo...

—Ya lo comprenderá. Vamos, déjelo todo.

Indecisa primero pero decidida ante la insistencia del falso inspector, ella accedió, se quitó la bata blanca y se enfundó la chaqueta sobre la blusa.

Poco después Gerard lograba sacarla a la calle. La llevó hasta el coche que lucía las señales de polvo y un par de abolladuras. Evidentemente ella no lo veía nada claro.

Gerard condujo en silencio, dirigiendo el auto hacia la urbanización Arroyo Seco.

Poco después tras esconder el coche, sacó un revólver y ya sin fingimientos obligó a que ella pasara delante.

Se introdujeron en la casa por la parte de atrás, levantando uno de los cristales estilo guillotina.

Ella comprendió.

—Usted es Gerard Burton, ¿verdad?

—Sí, pero últimamente muchos me conocen como Gerard Adams.

—¿Dónde está Alwyn?

—No lo sé... Pero vendrá aquí, no se preocupe. Vendrá en cuanto sepa que usted está conmigo.

Y sin soltar el revólver se dispuso a llamar por teléfono.

Preguntó por Alwyn y la respuesta fue que no había regresado.

—Está bien. Volveré a llamar —repuso el falso agente, que empezaba a recobrar la tranquilidad.

Luego, dirigiéndose a ella, sonrió.

—Espero que te portes bien, jovencita... Así todo saldrá como yo deseo.

—¿Qué espera que haga Alwin?

—Que me ayude. Y lo hará sabiendo que tú estás en peligro... Él puede hacerlo... Necesito dinero y poder escapar de la vigilancia.

Cerró las persianas graduables para que nadie pudiera verles del exterior. La casa quedó a oscuras y encendió una de las lámparas de pie. Seguidamente corrió las cortinas para que la luz eléctrica no pudiera atravesar.

Se sentó cómodamente y apuntando a la muchacha dijo:

—Ahora, empieza a desnudarte. Cuando Alwyn te vea sin ropa comprenderá que, en principio, puedes resfriarte...

—Además de asesino es usted un maníaco.

—¡Vamos, nena, vamos!

Fue entonces cuando un objeto pesado dio contra la lámpara, que se volcó violentamente contra el suelo. La bombilla estalló.

Instintivamente Gerard disparó en la oscuridad. Y una voz le advirtió:

—¡Has caído en tu propia trampa, Gerard!

¡Era la voz de Alwyn!

Gerard disparó de nuevo a ciegas. Entonces, como un alud, cayó sobre él el cuerpo de su ex amigo.

Alwyn conservaba íntegras todas sus facultades. Pero Gerard también estaba bien entrenado.

En la oscuridad se sucedieron algunos disparos. Molly no podía ver lo que ocurría y temía por el hombre al que amaba.

Alguien lanzó un grito. Fue Gerard. Alwyn le había retorcido el brazo, salvajemente, desarmándole.

—Ya puedes encender la luz, Molly —exclamó él.

Ella obedeció rápidamente.

Gerard se había incorporado medio aturdido. Alwyn lo golpeó con fuerza en el mentón, lanzándolo contra los dos peldaños del vestíbulo.

Jadeante, se incorporó murmurando:

—Tú ganas, Alwyn...

—Llegué a la fábrica cuando vi que te llevabas a Molly. Si alguna duda había sobre tu culpabilidad se disipó por completo.

—He dicho que tú ganas...

Dio media vuelta con aspecto cansino, pero lo que hizo fue precipitarse hacia la salida.

Por la calle sonaba la sirena de un coche.

Intentó cruzar como un loco. El auto se le echó encima sin tiempo de frenar. Era uno de los coches policiales.

El asesino gritó al ver la muerte próxima. El coche le arrolló sin que su conductor pudiera hacer nada por evitarlo.

El asesino había muerto.

EPILOGO

Molly intentaba serenarse tras la tensión de los últimos momentos. Se apoyaba en el hombro de Alwyn y los dos permanecían sentados en el sofá. Frente a ellos estaba el teniente Green, que informaba.

—Hemos recibido la llamada urgente desde Griffith Park...

El policía había explicado ya la complicidad de Lara y concluyó diciendo:

—Está muy grave, pero ha podido confesarlo todo. Uno de mis hombres y los dos guardas del parque han sido testigos de su declaración.

—¿Se salvará? —inquirió Alwyn.

—No lo creo...

Una llamada telefónica interrumpió.

—Teníamos que cubrir todos los posibles puestos donde pudiera dirigirse el asesino. Hemos tenido suerte... ¡Diga!

Escuchó lo que le transmitían desde el otro lado del hilo.

Colgó para informar.

—Lara ha muerto cuando la ambulancia la trasladaba al hospital.

—Quizá haya sido mejor así —murmuró Alwyn.

—Bueno... Si quiere leer la declaración completa, pásese por mí despacho...

—Sí. Lo haré...

—La trama no daba mal; al parecer, Burton, además de vengarse, compartiría el millón de dólares con su cuñada, una vez muerto usted. Pero esto estaba por ver. No es tan fácil estafar a una compañía. En fin... Adiós, señores. El asunto, como ha visto, era de nuestra competencia.

—No puedo creer aún esto de Lara —murmuró Alwyn, de nuevo a solas con Molly—. Sin embargo, pagó un alto precio, no

solo la vida, sino ver morir a su hijo. Una criatura inocente...

—Olvidalo todo, Alwyn, olvidalo ahora —repuso ella dulcemente—. Ya sé que al principio te será difícil, pero... inténtalo.

Y Molly se propuso contribuir con todas sus fuerzas a ayudarle.

No iba a serle difícil, porque Alwyn también deseaba el calor y la dulzura de ella.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España